

Un Viaje de IDA y VUELTA

- 1.- Vicente**
- 2.- Valentín**
- 3.- Carlitos**
- 4.- Daniel**

Emilio MARÍN TORTOSA
Cuatro relatos cortos

Miguel, ya caída la tarde, una vez terminado todo el trabajo del día, se sienta a la puerta de la casa. Le gusta mirar desde allí arriba a lo lejos, hacia poniente, cómo se esconde el sol. Si se despide entre rojos, aire para el día siguiente. Su asiento es una silla baja, a la que él mismo cambió el culo poniendo uno nuevo de cuerda confeccionada con el esparto que en días de lluvia, cuando era obligado quedarse al abrigo de la casa, picaba con la maza de madera sobre el portal de piedra viva de la misma casa. Era su asiento preferido. Él se sentía allí muy cerca de la tierra, y desde la que al extender la mirada, sobrevolando el tupido bajomonte, por el amplio valle que se extendía a los pies de “su monte”, solía soñar y recordar tiempos viejos de su agitado pasado. Allá abajo ve los campos recién labrados, las bien alineadas oliveras, y los caminos que como arterias van recorriendo y marcando la fisonomía de la vall. Más lejos verdeaban las primeras huertas, que estaban naciendo al amparo del agua de un pozo recién perforado. Los caseríos, las campiñas y la extensa sierra. Allí, viviendo rodeado de la naturaleza salvaje, se encuentra a gusto, como el Rey de todo aquel territorio. Pero no siempre fue así para él.

Miguel había participado en una guerra, había conocido las tragedias de la misma, había sufrido persecución siendo inocente, había hecho “las Américas”, y ahora estaba descansando, apurando el último tiempo de su vida, en aquel lugar, donde al cuidado de sus cabras, y labrado sus bancales, se sentía feliz. Claro que inesperadamente la situación había cambiado desde que su ayudante, Carlitos, se había marchado a la ciudad en busca de una vida mejor. Él entiende que aquella vida entre cagarrutas de cabra, y haciendo compañía a un viejo lleno de manías como él, no era lo más adecuado para un chaval de quince años, pero le había tomado cariño, pues era trabajador, y solía escucharle con atención cuando le contaba las viejas historias de su vida pasada. Unas eran ciertas, otras estaban bien aderezadas de fantasía para adornar y hacerle más interesante la cruda realidad de lo vivido.



Igual que Carlitos, él fue a su misma edad cuidador de cabras, solo que él estaba contento con aquella ocupación, y solo la abandonó obligado por las circunstancias. Tal vez el recuerdo de aquella infancia feliz, es lo que le hizo retirarse a aquel lugar tan parecido al que nació y pasó una época tan feliz en su infancia. Entonces su nombre era Vicente, más tarde lo cambió a por el de Eleuterio, y al final le dieron el de Miguel, y con ese está.

I.- “MIGUEL”

Vicente baja del monte, va camino de casa después de haber dejado el ganado a cubierto en el corral. Ha pasado un día de mucho calor, y tiene ganas de llegar a casa, lavarse, descansar, cambiarse de ropa, y salir a la calle en busca de algo del fresco que suele traer el atardecer. Entra en el pueblo por un callejón. A la izquierda, la pared que

daba al huerto del convento, y a la derecha, las puertas traseras de las casas de la calle principal. Allí estaban las casas de la gente rica del pueblo. A él le gusta ir por allí, porque en los días de verano aquel lugar, protegido del sol por las altas paredes, y los pinos de los huertos, se mantenía todo el día a la sombra, y al entrar en él se notaba un fresco muy agradable.

Va canturreando, expresando su contento, cuando a mitad del recorrido ve como un portillo se entreabre, y una mano fina y delicada le hace señales para que se acerque. Aquella era la casa del rico Ureña. Ureña era el rico del pueblo, pero vivía en la ciudad. En verano solía venir con su familia, su mujer y su única hija, a pasar los meses de más calor al abrigo de su casa señorial. Siente recelo de la llamada, no sabe qué puede suponer aquello, pero ante la insistencia de la misma, decide acudir al aleteo de la mano. Entra, y allí se encuentra con Rosita. Rosita es la hija de Ureña. Tenía un par de años más que él, y todos los muchachos del pueblo estaban enamorados de ella. Era muy bonita, y con aquella ropa tan sofisticada que vestía, todavía la hacía más atractiva. Más para unos paletos de pueblo, que cuando veían unas enaguas ya estaban colocados.

La chica le recibe con una risa cantarina. Cierra el portillo, le toma de la mano, y le obliga a seguirle. Vicente va como abobado, sin voluntad. Tal vez todavía esté en el monte durmiendo la siesta y aquello no era más que un sueño del que tenía muchos pensando en Rosita, la misma que ahora le lleva de la mano. Es conducido hasta un almacén donde se guardaban aperos y sacos de pienso. Llegan hasta un montón de sacos, hay varios de ellos caídos en el suelo, ella se sienta en uno de ellos y le indica a él que lo haga también a su lado. El lugar estaba en una agradable penumbra. Están a solas, la gente había terminado la jornada de trabajo, igual que Vicente, y todos se habían marchado a sus casas.

.- ¡Ufff! ¡Que calor!

Rosita, tras esa exclamación, se desabotona el vestido, se abre el escote, y deja ver sus dos manzanas en plena sazón. Vicente, ahora sí en un sueño, ve el paraíso destapado ante él, y preso de lujuria irrefrenable, se abalanza sobre el succulento manjar. Ella le recibe con alborozo y deja que libe el néctar de su juventud. Cuando su respiración se hace más agitada, le separa con delicadeza, desliza su vestido hasta el suelo, y le muestra el resto del paraíso, donde él, en su inconsciencia, se sumerge en aquel oleaje de pasión.

.- ¡Rosita! ¿Dónde estás?

Era Benita el ama de llaves. Le llama. Le busca.

.- ¡Vamos Vicente! ¡Márchate! ¡Es Benita! Si nos sorprende en esta situación, mi padre te mata. ¡Vete! ¡Vete! ¡Vamos!

Vicente, interrumpido en su escalada al cielo, consciente del peligro que corre, con los pantalones bajo el brazo, sale corriendo en busca del portillo que daba al callejón. Al salir, mira a un lado y otro. No hay señales de vida, nadie por allí se había alarmado por las voces de Benita. Corre en busca de su casa, al llegar al final del callejón, en la esquina que daba a la plaza, hay una carreta. Sin pensarlo se mete en ella. Allí, camuflado entre los sacos de la carga, pasará desapercibido y no le encontrarán.

Benita sorprende a Rosita a medio vestir. El desaliño de su ropa, para ella, es prueba suficiente de lo que puede haber ocurrido.

.- ¡Desgraciada! ¡Vístete bien y entra en la casa! ¡Desgraciada!

Los señores estaban en la ciudad, y le han dejado a ella al cuidado de la muchacha. Ahora se ve perdida, pero aquello no puede quedar así. Hay que encontrar el responsable de aquel desaguizado, pero nadie debe saber la verdad de lo ocurrido. Sale a la calle gritando.

.- ¡Socorro! ¡Al ladrón! ¡Han intentado robar en la casa! ¡Al ladrón! ¡Hay que cogerle! ¡No puede escapar!

La gente oye los gritos y reconoce la voz. La señora Benita pedía socorro. ¿Qué habrá pasado? Todos acuden a la puerta de la casa en busca de noticias. Allí, la señora Benita y otros criados, repiten que un ladrón había entrado en la casa con la intención de robar, y había que cogerlo.

.- ¡Que no escape!

Tratan de organizarse para la busca, pero sin detalles sobre a quién deben perseguir, cada uno a su aire, busca por donde puede sin orden ni eficacia alguna. Llega la noche y se abandona la búsqueda. Cada uno vuelve a su casa, y pronto, cada uno metido en sus propios problemas, se va olvidando del incidente. A fin de cuentas, no habían robado nada. La señora Benita había llegado a tiempo para evitar el robo. Lástima que no haya reconocido al ladrón.

Vicente, una vez perdida la tensión del momento, o a causa de ella, se ha quedado dormido dentro de la carreta bien arropado entre los sacos, y por eso no se entera cuando la carreta se pone en marcha y abandona el pueblo. Hace camino, y en un cruce de caminos, cuando el sol ya estaba bastante alto, se detiene.

.- ¡Eh! ¡Vicente! ¡Despierta muchacho!

.- ¡Eh! ¿Qué pasa?

.- No pasa nada, tranquilo. Estás a salvo. Ayer tarde escuché el jaleo que se armó en el pueblo. Esta mañana, al ir a enganchar la mula, te sorprendí dormido entre los sacos, y pensé que el causante de tanto alboroto, eras tú.

.- ¡Pero...!

.- No te preocupes, no te he denunciado esta mañana, y no lo voy a hacer ahora.



Tranquilo. Anoche, un criado de la casa, ese que siempre bebe más de la cuenta, y cuando eso ocurre, y anoche fue así, se le suelta la lengua, y me contó lo que ocurrió en el almacén con la niña Rosita. Por fortuna nadie sabe quien era el acompañante de la chica en la aventura. Así que no saben a quién buscar. En eso has tenido suerte. Y, ¿sabes? Yo no te culpo. De todos es sabido que esa chica siempre iba

exhibiéndose entre los pueblerinos, como ella nos llama, y era de esperar que un día u otro le ocurriese algo parecido. Así que tú puedes estar tranquilo que no has hecho nada malo. Seguramente, el señor Ureña, se llevará a su niña a la ciudad, le buscará un marido antes de que salga a la luz cualquier consecuencia de lo ocurrido ayer tarde, y todo arreglado.

.- Pero yo... ¿qué hago ahora?

.- Tú, lo que tienes que hacer ahora, es alejarte lo más posible de esta comarca antes de que la gente comience a atar cabos, y lleguen hasta ti. Los tentáculos del rico Ureña son muy largos, así que, cuanto más lejos estés cuando eso ocurra, mejor. Mira, yo te he traído hasta aquí, pero ahora debemos separarnos. En este cruce, yo tomo el camino del Sur, tú, andarás el camino del Norte. Ese es más seguro. Toma, una manta y este saquet de comida. Ahora he de marchar. ¡Suerte! ¡Y ten mucho cuidado hasta que estés bien lejos!

Vicente queda solo en el cruce de caminos. El sol ya está bastante alto, y el calor comienza a hacerse sentir con fuerza. La nube de polvo que levanta la carreta cada vez se ve más lejos, y él sigue en el mismo sitio, no se atreve a moverse, no sabe qué hacer. El panorama que cualquier espectador podía ver en aquel lugar, era desolador. Puede ver a un muchacho desvalido, al borde del llanto, plantado en medio del camino, con una manta en una mano y en la otra un saquet, mirando a un lado y otro sin saber qué rumbo tomar en aquella encrucijada de caminos. El solitario, tiene la sensación que el mundo se está hundiendo a sus pies sobre la alfombra de polvo. Está perdido.

Ezequiel, el hombre de la carreta, le ha dicho que tome el camino del norte, pero él no sabe qué hay en aquella dirección. ¿A dónde le llevará? Él había salido poco del pueblo, y nunca más allá del término municipal. Los límites de su pueblo era una frontera que no se podía traspasar. Y en cambio ahora se encuentra solo, en un lugar extraño, los límites del pueblo hacía mucho tiempo que los habrían dejado atrás, y obligado a caminar por una tierra desconocida. Tiene que decidirse, no puede quedarse allí quieto. Seguirá el consejo de su salvador.

Se vuelve hacia el Norte. Aquel iba a ser su camino de ahora en adelante. No debe tener miedo, es aún muy joven, sin embargo parece mayor de lo que es, es alto, corpulento, y ya tiene cerrada la barba. En unos días, andando el camino, durmiendo al aire libre, sin el debido aseo, bien puede pasar por un hombre hecho. Este pensamiento le anima, sin embargo, mirando al camino solo ve polvo y más polvo, y campos secos en aquel verano en el que no había llovido nada. No sabe si podrá encontrar en aquel camino desolado algo con lo que alimentarse. Se decide, y comienza a andar por aquel solitario camino, levantando una nube de polvo, más modesta que la dejada por la carreta, pero que también indica la lejanía de todo aquello que había sido conocido hasta entonces. A cada paso, sobre el polvoriento camino, Vicente nota que va creciendo. En el cruce, cuando ha bajado de la carreta, era un niño, ahora siente que es un hombre. ¡Adelante!

Vicente ya lleva algunas horas caminando sobre el polvo de aquel camino sin haber visto, ni haberse cruzado con persona alguna. Solo un perro famélico y vagabundo como él, ha venido a romper la monotonía. Ha caminado un trecho a su lado, y luego ha cambiado de rumbo y ha desaparecido. A ratos se sienta sobre las piedras que bordean el camino, intentando descansar un poco y poner en orden sus pensamientos. Ninguna de las dos cosas logra, la agitación de su ánimo no permite que llegue algo de calma a cualquier parte de su cuerpo. Piensa, viendo el paisaje que le rodea, que aquel era el lugar adecuado para un espíritu deprimido como el suyo. Ve almendros secos, oliveras sedientas, y rastrojos, muchos rastrojos desnudos después de la siega. Aquella era tierra flaca, de pobres cosechas, y en aquellos días de intenso calor, no necesitan, ni permiten, ninguna labor. Luego serán barbecho a la espera de la siembra y de la lluvia. Quisiera enmascararse en un ribazo entre la hierba reseca y moribunda, y ser una parte más en aquel paisaje en su viaje final.

Pero tiene que andar. Debe andar y alejarse lo más posible de aquellos lugares. Huir del peligro. Vuelve al camino entre el revoloteo de moscas, cantos de chicharra, y cansancio. A su derecha, a la orilla de un campo de almendros, ve una higuera verde y frondosa. En ese lugar debe de haber agua, o al menos el frescor suficiente como para que la higuera tenga ese aspecto tan lozano. Sale del camino y se interna por el bancal. Llega hasta la higuera. Efectivamente, a su lado, debajo del ribazo, una acequia lleva un hilo de agua. Debe venir de alguna fuente que habrá más arriba. Es poca el agua, pero suficiente como para que los bordes de la acequia tengan vegetación verde y fresca. La

sombra de la higuera, aunque dicen que es mala sombra, es una tentación. Debe acogerse a su alda, comer algo, y descansar de verdad. Deja la manta en el suelo a los pies de la zueca, se sienta sobre ella, abre el saquet, y saca un pan y un buen trozo de queso curado. Ezequiel sí sabía abastecer a un caminante. Come, eructa, y se duerme pensando en su desgracia. ¿Qué pensarán sus padres de su ausencia? Tal vez crean que se ha quedado en el monte a pasar la noche. No sería la primera vez que lo hace. Eso le dará tiempo para alejarse antes de que se alarmen por su ausencia.

Vicente despierta sobresaltado por una inesperada racha de viento seco, áspero y caliente. Ha caído la noche, y bajo el cobijo de la higuera la oscuridad es más intensa. Mira perplejo, a su alrededor: ¿Dónde estaba? No reconoce el lugar, y su memoria todavía está abotargada por el sueño. Se pone en pie, sale del círculo de la higuera, y se encuentra con el solitario camino. En lo alto las estrellas brillan acompañando a una luna creciente, más allá, todo está difuminado por la oscuridad. Ahora, aquella realidad, le devuelve la memoria y la consciencia de su situación. Debe seguir el camino, tal vez ha perdido un tiempo importante. Vuelve a la higuera, recoge la manta y el saquet, y sale al camino.

Comienza a andar. Ahora, el camino se destaca con el brillo de su alfombra polvorienta, como una línea ondulada que se pierde en la oscuridad. Él sigue la sierpe blanca, igual que dicen que siguieron los Magos la estrella de Belén, sin saber a dónde le llevará, pero tiene que seguirla. Al final de aquel camino puede estar su salvación. De noche el caminar será más seguro, y debe aprovechar las horas antes de que llegue el Alba. De día tendrá que esconderse. Lleva un buen rato andando, cuando a lo lejos distingue una luz, y a su escaso resplandor, lo que parece un pueblo. Al llegar a las primeras casas, se detiene. ¿Será seguro cruzarlo? O será mejor dar un rodeo por los campos. En esa disyuntiva está, cuando una voz, gruesa e imperativa, le sobresalta.

- ¡Alto a la Guardia civil! ¡No se mueva! ¡Los brazos en alto!

Aquella orden era inútil. Vicente, aunque quiera no puede moverse paralizado por el miedo.

- ¿Quién anda ahí?

Dos Guardias Civiles, ambos con las armas en ristre, se acercan al asustado Vicente.

- ¡Identifíquese!

Uno de los guardias le reconoce.

- ¡Pero si es Vicente! ¿Qué hacer tú por estos lugares y a estas horas? ¿Acaso te has perdido?

El muchacho, por toda respuesta, se echa a llorar.

- ¿Qué te pasa muchacho? ¿Por qué lloras?

Y Vicente, entre hipoes, les cuenta su desventura.

- ¡Yo no he hecho nada malo señores guardias! ¡Pero tengo mucho miedo de que me culpen! Por eso huyo.

- ¡Bueno, bueno, bueno! Nosotros tenemos noticias, y órdenes, sobre ese caso. Debemos identificar, y detener al ladrón, pero en ningún caso nos dijeron que eras tú a quién teníamos que detener.

- ¿Y qué van a hacer ahora que ya lo saben?



.- En realidad, nosotros no tenemos orden contra ti, y como nosotros obedecemos órdenes, poca cosa podemos hacer al respecto. ¿Tú que opinas Matías?

El otro guardia no contesta y finge meditar sobre tan grueso dilema.

.- Algo sí que podemos hacer. Este muchacho no puede seguir huyendo, porque antes que después, le van a detener. En realidad, como él dice, no ha hecho nada malo. En el pueblo todos conocemos a Rosita, la hija del señor Ureña, sabemos del pie que cojea, y nada de lo que le ocurra en ese tema, nos puede extrañar. Se puede decir que ya hace tiempo que lo iba pidiendo a voces. Además, Vicente es menor, y por lo tanto no se le puede hacer responsable de ese desmán. El rico Ureña haría mejor en vigilar a su hija.

.- Bueno, ¿y qué podemos hacer?

.- ¡Verás! A mi entender, lo mejor que puede hacer este muchacho, es ir hasta el próximo pueblo, presentarse en el puesto de la Guardia Civil, decir que va de nuestra parte, y pedir alistarse en la Legión Extranjera.

.- ¡No está mal pensado no! Pero tienes que dar otro nombre, no el tuyo, para prevenir futuros problemas. Allí no te preguntarán nada más, y como tú aparentas más edad de la que tienes, con seguir sin afeitarte, todo arreglado.

.- ¿Creen que eso es posible?

.- ¡Claro que sí!

.- ¡Verás! Nosotros mismos te vamos a acompañar hasta la entrada de ese pueblo. A fin de cuentas, nuestra ronda pasa por allí.

Vicente ve en aquella propuesta, su salvación. Así que las tres figuras: un muchacho, y dos tricornios, se pierden en la oscuridad de la noche rumbo a construir un futuro impredecible. En el parte de incidencias, los dos guardias, no informarán de aquel encuentro.

.- ¡Buenos días!

.- ¿Qué quieres muchacho?

.- Verá usted señor guardia: vengo de parte del guardia Matías y su compañero. Quiero alistarme en la Legión Extranjera.

El guardia mira a Vicente. Ve en él a un muchacho asustado, pero aquello no le extraña, quienes acuden allí con esa pretensión huyen de algo, o de alguien, y el miedo es su condición natural. Todos en su mirada pregonan el temor. Suelen ser bandidos y maleantes que huyen de la Ley, pero aquel muchacho, y su susto, no es de uno de aquellos. Está claro que de algo está escapando, pero no debe ser un delito, no le ve conviviendo entre gente tan peligrosa, y además la disciplina en la Legión, es despiadada. ¡Pobre muchacho! Pero eso a él no le debe importar, está allí para dar curso a su petición, y nada más.

.- Supongo que lo traes bien pensado. Ten en cuenta que la vida allí no es nada fácil. Pero bueno, eso es cosa tuya. ¿Cómo te llamas?

Vicente duda un momento. No ha tenido tiempo de pensar en un nombre, pero el guardia le pide uno, y él tiene que darlo. Le viene a la cabeza el nombre de un hermano de su madre que hacía tiempo que había muerto.

.- Eleuterio señor guardia. Eleuterio es mi nombre.

.- Bueno ese nombre es tan bueno como cualquiera.

El guardia rellena un papel.

.- Firma aquí. Hazlo como Eleuterio, no te vayas a equivocar.

Vicente, ahora Eleuterio, lo hace.

Pues ya está. Ya eres un Legionario. Mira: con estos papeles puedes viajar de gratis hasta el Cuartel de la Legión. Por los lugares que pases, si lo necesitas, puedes pedir comida y albergue en el Cuartel de la Guardia Civil. ¡Suerte!

Vicente –ahora Eleuterio– sale del cuartelillo y se detiene en medio de la calle. Está desorientado. Más perdido que cuando caminaba por el polvoriento camino. ¿Qué hacer ahora? En los papeles que le ha entregado al guardia, está indicado el lugar y la dirección a donde debe dirigirse. También le ha dicho que en el pueblo de al lado, siguiendo el camino, puede coger el tren. Allí se dirige.

* * *

El guardia tenía razón, la vida en la Legión no era nada fácil. Eleuterio lo estaba sufriendo en su propia carne. La disciplina era férrea. La instrucción diaria era dura. “¡De aquí saldréis como hombres, o con los pies por delante!”. Y no era una bravuconada, después de las largas marchas, cargados como burros, más de uno necesitaba visitar el hospital. Y los castigos, cosa cotidiana, terminaban con las fuerzas de los más indisciplinados. Los sacos de arena, sujetos con alambre a la espalda de los castigados, era suficiente para amansar a los más bravos. También se podía apreciar como se iba deshumanizando aquel grupo de gente ya endurecida por una vida marginal que les había llevado hasta allí.

Eleuterio es destinado a una unidad de servicios especiales. Su vida, dentro del



acuartelamiento, consistía en estar siempre preparado para acudir a cualquier servicio que se le requiriese. Eran una especie de soldados para todo, aunque la finalidad de aquel grupo era estar preparado para estar en la primera línea de combate en caso de ser necesario. Y no es difícil imaginar que en un lugar fronterizo como aquel, las escaramuzas con los vecinos moros, eran cosa de cada día. Se puede decir, que el

joven que salió huyendo de su pueblo, es hoy un Legionario ejemplar, preparado para las misiones más delicadas y peligrosas.

En aquel grupo especial, había un joven, casi de la edad de Eleuterio, que se había enganchado a la Legión en busca de aventuras. Era un aventurero, un jugador, y un hombre decidido a todo y que no huía de la pelea allí donde se presentara. No era un facineroso, y al reconocer en Eleuterio esa misma cualidad, buscó su amistad, convirtiéndose en un dúo inseparable. Era de familia adinerada y nunca, en aquel apartado lugar, le faltaban dineros que gastar. Formaban pareja en las avanzadillas que se adentraban en territorio enemigo para hacer reconocimiento, o para realizar alguna misión. Ellos dos, al contrario que pasaba a muchos de sus compañeros, siempre volvían con bien de aquellas misiones, y el joven aventurero achacaba aquella buena suerte, a un aura especial que protegía a Eleuterio, por eso, por las noches, cuando se montaba alguna partida de cartas entre los legionarios, confiaba su dinero a la suerte de su compañero, y siempre ganaban.

.- ¿Y cómo tú, de buena familia, con dinero, te has metido en este mundo miserable?

.- Esa pregunta no se hace en un lugar como este. Sin embargo no me importa contestarte a ti que eres mi mejor amigo. Mi vida, dentro de esa familia que tú dices buena y con dinero, era un asco. Me crié siempre solo, pues el niño de mamá no podía jugar con los mocosos del pueblo, siempre sucios y embrutecidos. Metido entre

puntillas de criada, se me estaba pegando la feminidad que dominaba en mi casa, por eso, cuando me enviaron a un internado a estudiar, y cuando terminé con buena nota la carrera que me endilgaron, decidí vivir por mi cuenta lejos de mi familia. Me asignaron una pensión suficiente para un hombre soltero como yo, y me dediqué a viajar en busca de un ambiente donde poder encontrarme a gusto, y mira por donde, es aquí donde lo he encontrado. ¿Qué te parece?

.- ¡Una barbaridad! Eso que dices es una barbaridad. Este no es lugar para ti.

.- ¡Ni para ti!

.- ¡Dejemos esto!

.- ¿Sabes qué pienso? Ya es hora de que busquemos un horizonte más amplio para poner a prueba tu buena suerte.

.- No sé qué quieres decir. ¿De qué horizonte hablas?

.- En el próximo permiso, cuando marchemos a la ciudad, buscaremos un lugar donde poder jugar a las cartas en serio. En el puerto no faltan buenas timbas.

.- ¡Tú estás loco! Una cosa es jugarse unas pesetas entre nosotros, y otra apostar en una timba profesional. Además, con mi paga, poco puedo apostar.

.- Por eso no te preocupes, yo tengo el bolsillo lleno, y tú en la cabeza tienes buenas vibraciones para saber cuándo apostar. Somos una pareja invencible.

Desde lejos se podía oír el alboroto que formaba la tropa al abandonar la guarnición. La cercana población sabe que hoy tienen permiso los legionarios, y se preparan para lo que suele ocurrir en esas circunstancias: peleas y más peleas, borracheras y desorden. Los niños y las muchachas jóvenes, recluidas en sus casas, los bares abiertos y las botellas bien llenas. Negocio para unos pocos, y malestar para la mayoría, pero la guarnición suponía una buena fuente de ingresos para la población, y por eso la gente lo soportaba con buena cara.

Aquel Tercio de la Legión, había mantenido durante tres días seguidos varios enfrentamientos con un grupo de Rifeños rebeldes empeñados en recuperar unas posiciones que habían perdido nadie sabía cuándo. Los tiroteos habían sido intensos, y los grupos combatientes habían sufrido muchas bajas. El grupo de Eleuterio, siempre en primera línea, se había llevado la peor parte. Habían mantenido las posiciones a un precio demasiado alto, pero las órdenes eran: “Resistir hasta el último suspiro”. Y así lo hicieron. “¡Legionarios a luchar! ¡Legionarios a morir!” Una acción heroica que bien merecía un permiso de varios días, los justos para que fueran cubiertas las bajas, y luego volver al combate si era necesario. Y a disfrutar de ese permiso van Eleuterio y su inseparable compañero montados en un camión que les lleva hasta la ciudad.

En el puerto estaba prohibido el juego de cartas, a pesar de ello abundaban las tabernas en cuyos sótanos se montaban partidas importantes casi todos los días. La prohibición venía dada por la cercanía de la guarnición, el juego hacía perder la cabeza a muchos legionarios, y el resultado del comportamiento de aquella gente violenta, cuando perdían el control, era siempre malo para la población civil. El Gobernador de la Plaza tenía prohibido el juego y los prostíbulos, aunque esa prohibición no dejaba de ser papel mojado, el impedirlo de forma efectiva, hubiera sido peor. En el juego, y en el prostíbulo, encontraba alivio la frustración de tanta vida rota.

Los dos amigos pasean la acera de la calle donde les habían informado que había varias timbas. Están discutiendo la conveniencia de entrar o no. Uno dice que no, y el otro dice que sí, y ninguna de las partes cede en su posición.

.- Si tú no quieres entrar, yo si lo voy a hacer. Voy va entrar y voy a jugarme todo lo que llevo encima. Lo perderé, ya lo sé, pero si tú no me quieres acompañar...

.- ¡Está bien! Si hemos de perder lo haremos juntos. Creo que hay dentro vamos a peder hasta los calzoncillos.

Dentro, el local estaba lleno. El ambiente con olor a alcohol y a tabaco era irrespirable. Se detienen un momento para acostumbrar la vista a la luz del interior. Van hacia la barra entre codazos y empujones, ya había varios borrachos deambulando sin control, y eso que la noche todavía era joven. Piden café. Van de uniforme, y pedir alcohol, así de pronto, no era lo más conveniente, ya habría tiempo para ello.

.- ¡Oye! Tengo en el bolsillo unos billetes que me están haciendo cosquillas, ¿sabes donde puedo encontrar alivio a este mal?

Esta pregunta va acompañada de una propina. El camarero les indica una puerta que hay al fondo.

.- Pero ahí se juega fuerte, y vosotros...

.- Nunca debes fiarte de las apariencias.

Los dos jóvenes se alejan de la barra. Cándido, que así se llama el amigo de Eleuterio, le entrega un puñado de billetes.

.- ¡Toma! Baja tú. Yo me quedo por aquí. Tengo ganas de divertirme con alguna de las chicas. ¡Va, valiente! ¡Animo! ¡A ganar!

Eleuterio traspasa la puerta, allí, unos escalones le indican que debe bajar hasta el sótano, (en su tiempo fue bodega). El lugar está alumbrado por luces cenitales que caen sobre las cuatro mesas que ocupan el escaso espacio. Las mesas están ocupadas por jugadores sudorosos envueltos en el humo que despiden los habanos sujetos en la boca de algunos de ellos. Allí también se consume alcohol. Algunos mirones rodean a los jugadores.



Nadie dedica ni una sola mirada al recién llegado. Éste, observa las distintas mesas, al final se detiene ante una de ellas donde hay una silla vacía, y se sienta. Saluda con un leve gesto de cabeza, y coloca sobre el verde mantel el fajo de billetes que le ha dado su compañero. Ahora sí le miran todos, y puede escucharse un leve carraspeo. Mira con tristeza el montón. Está seguro que en un momento estará delante de alguno de los ocupantes de la mesa. Comienza la mano, y pide cartas. Él tiene un nivel bajo en el juego, justo lo aprendido en la tienda de campaña donde solía desplumar a sus compañeros de la guarnición. Pero aquello era distinto. Aquellos eran jugadores profesionales y no sabe como afrontar lo envites. Prefiere dejar unas cuantas manos sin ir para observar la manera de jugar de sus contrincantes.

Mientras los otros juegan, les va observando. Eran gente de mar. Lobos marinos que estaban de escala, o que habían fijado allí su residencia, cambiando las jarcias por la silla delante de un tapete verde. Solo uno parece desentonar en aquel lugar, tampoco él parece estar muy acorde con el resto de jugadores, aunque siempre debe haber algún uniforme por el lugar. Aquel hombre, al contrario del resto de jugadores, no viste como un marino, viste un terno blanco con una esclavina de oro en el chaleco. Sus dedos lucen anillos dignos de un Obispo, y sus ojos azules, en un rostro de cera, esconden la frialdad de un hombre sin escrúpulos. No le gusta aquel hombre. Se nota que está inquieto, y que ha bebido mucho.

Hace calor, y Eleuterio, enfundado en su uniforme, comienza a sudar. Tiene delante de él cinco cartas, con parsimonia, como sin interés, (le habían dicho que esa

postura era esencial en un buen jugador) va mirando una a una las cartas. Cree tener buena mano, y entra en el envite. Ahora el sudor es evidente. Una mano piadosa coloca delante de él una cerveza. Uno de los jugadores empuja el dinero al centro de la mesa.

.- Juego el resto.

El que hace el envite es el hombre vestido de blanco. Ha mirado con codicia el dinero del legionario, cree ver en él a un novato, y quiere apoderarse de los billetes antes de que alguno de sus compañeros lo haga. Mira a Eleuterio con mirada retadora. Otro jugador, adivinando las intenciones del restado, cubre con su resto el envite. Los demás se retiran. Eleuterio, siente una especie de calor interno que le produce un temblor en sus manos, y a la vez, ese mismo temblor le infunde valor. Siente que ahora no puede retirarse de la mano. Termina la cerveza, relame la espuma que ha quedado en sus labios, un suspiro profundo, y empuja su resto.

.- ¡Lo veo!

Un ¡Ho! De asombro, y luego un silencio. En el centro de la mesa, el dinero de los tres restos, ha formado un montón que supone una fortuna para el ganador. Se corre la voz de la mano que se estaba jugando, y los jugadores de las otras mesas se unen a los curiosos. No es que allí no se jugasen posturas fuertes, pero nunca, un legionario raso, había entrado en un envite tan importante. Ahora el sudor resbala hasta las manos que sujetan las cartas. El tercero en discordia es un marino con gorra, un contramaestre, o ayudante de Capitán, se nota que le hubiera gustado no entrar en el juego y dejar que aquellos dos jugadores tan dispares se las arreglasen solos. Pero estaba dentro y ya no podía retirarse, todos iban restados.

El hombre de blanco parece algo desorientado ante el desparpajo del legionario. Pero él tiene que ganar la apuesta. Era mucho el dinero que había en juego, y también su prestigio como jugador estaba sobre la mesa. Mira a Eleuterio, y sus ojos se van llenando de venas rojizas. La codicia le está poniendo nervioso. Tiene que terminar la mano cuanto antes.

.- ¿Cartas?

El marino pide dos, prueba de que puede tener una buena base de jugada. El hombre de blanco pide una sola carta, puede tener mejor mano. Eleuterio dice estar servido. Puede ir de farol. ¿Sería posible? Hay un momento de movimiento general. Aquello podía ser algo insólito: Un novato va de farol ante dos consumados jugadores frente a un cuantioso resto. Los comentarios se suceden hasta que alguien pide silencio. Había llegado el momento de que los tres jugadores mostrasen sus cartas.

El hombre de los ojos azules comienza a descubrir sus cartas, una a una las coloca boca arriba.

.- ¡Póker de jotas!

Se aplaude la jugada. Aquello era tener suerte y todos le dan como ganador. El marino, con gesto desabrido lanza las cartas sobre la mesa. Ha perdido. Solo queda por enseñar su jugada Eleuterio. Éste está tranquilo y sonrío mirando al hombre trajeado. En ese momento la tensión se podía cortar con un cuchillo. ¿Qué escondía en sus cartas el legionario? ¿Es posible que pueda ganar al póker que ha enseñado su contrincante? Los curiosos están sudando mientras sus bocas están secas por la emoción.

.- ¡Vamos muchacho! ¡Enseña tus cartas!

Eleuterio mira al hombre que ha hablado, y le sonrío. Comienza a frotarse las manos como si se dispusiera a realizar un juego de manos. Luego, lentamente, coloca las cartas separadas en el centro de la mesa sin darles la vuelta. Otra pausa. Hay toses y murmullos de impaciencia. Hay miradas entre los dos contendientes, una tranquila, la otra con destellos asesinos. Ahora sí, ahora se dispone a destapar sus cartas. Y lo hace despacio, una a una, sin prisa: cinco, seis, siete, ocho,... Aquí se para. Se detiene. Mira

a los espectadores y siente que bajo su mirada las respiraciones se detienen. Los espectadores parecen encontrarse en su salsa. Aquella tensión que produce la incertidumbre sube la adrenalina y hace que aquella gente adore aquel juego. Cuando todo está por conocer, solamente una carta lo pone todo al descubierto.



.- ¡Vamos muchacho! ¡Vamos!

Y Eleuterio da la vuelta a la última carta: Nueve.

.- ¡Escalera de color! ¡He ganado!

El hielo cae sobre la mesa y lo inunda todo. Todos miran al perdedor. Conocen su fama, y saben que aquello no va a terminar bien. Temen por su reacción, y hay un momento de retroceso. El joven legionario estaba metido en un mal paso. Pero el muchacho no tiene esa sensación, sin perder la sonrisa alarga las manos para recoger los billetes

amontonados sobre el mantel. Aquel dinero era suyo, lo acababa de ganar en buena lid. Mete los billetes en sus bolsillos y se levanta dando por terminada la partida.

.- ¡Un momento!

El hombre del traje blanco da un puñetazo sobre la mesa.

.- ¡Ahora no puedes marcharte! ¡Ese dinero es mío! ¡Y quiero recuperarlo! ¡Has hecho trampa!

Eleuterio detiene su movimiento y mira a su retador.

.- ¿Está usted acusándome de tramposo?

Silencio. El hombre de los anillos, mueve una de sus manos hacia el interior de su chaqueta donde todos saben que guarda una pistola. Pero su vecino de mesa, el contraamaestre, le detiene el brazo.

.- El muchacho ha ganado la mano en buena lid, y tiene derecho a abandonar la partida cuando quiera.

Entre los espectadores hay gestos de asentimiento ante aquellas palabras.

.- ¡Gracias señor! Pero no es necesaria su intervención. Estoy seguro de que aquí el señor no ha querido faltar al honor de un legionario. Además, como todos pueden comprobar, no se encuentra en condiciones de seguir jugando. Así lo único que haría sería perder más. Y por hoy, creo que ya ha perdido suficiente.

El hombre de blanco cae sobre su silla, y queda quieto. Su rostro es de mármol. No demuestra ninguna emoción, pero todos adivinan lo que ocurre en su interior, y temen por el joven legionario. Eleuterio mira alrededor buscando a su amigo que tanta falta le hace en ese momento. No está allí. Debe estar arriba bebiendo, o entretenido con alguna mujer. Subirá hasta el bar, ya va siendo hora de salir de aquel antro, y de regresar a la pensión. Sacarán cuentas de lo ganado esa noche en el juego, y aunque el dinero en un principio era de su amigo, alguna comisión le llegará a él. Hay suficiente para los dos.

Una vez arriba, husmea por todo el local sin ver a su amigo, no le queda otra que esperar. Se acerca hasta la barra y pide una cerveza. Eso le aliviará del calor. Es eso está, cuando una mano se apoya en su antebrazo. Eleuterio se vuelve creyendo que era su amigo que regresaba de su excursión sexual. Se sorprende al comprobar que quien sujeta su brazo es un hombre vestido con el uniforme de marino.

.- Muchacho, perdona que te asalte así. Estaba ahí abajo mirando la partida en la que tú has ganado una fortuna. Acabo de subir.

.- ¡Pero usted!

.- ¡No! ¡No temas nada! Solo quiero ayudarte. He visto al hombre de blanco hablando con dos matones, y no me ha gustado nada. Mira, son esos dos que acaban de salir por la puerta, y parece que te buscan.

.- ¡Pero...!

.- ¡No digas nada! No hay tiempo que perder. Soy el Capitán Camacho, tengo un barco en el puerto dispuesto para zarpar. Lo que te propongo es que salgamos de aquí hablando tranquilamente, como dos buenos amigos, pero en cuanto estemos en la calle debemos correr todo lo que podamos rumbo al puerto. Aquí estás en peligro, tú, y tu dinero.

Eleuterio, sin saber por qué, sigue al Capitán hasta la puerta de salida, una vez fuera comienzan la carrera en busca del barco. Enseguida se escuchan los pasos de quienes les siguen en la carrera. El Capitán y Eleuterio han cogido una buena ventaja, gracias a la sorpresa de su reacción, y consiguen llegar hasta la escalerilla del barco sin que los matones, cuyas intenciones ahora estaban claras, les alcanzaran. Estaban a salvo. En la oscuridad de la noche se escucha la sirena, las hélices empiezan a rodar, y el barco se pone en marcha.

El Capitán Camacho, una vez arriba del barco, da la orden de partir. Luego conduce a Eleuterio, a quién acaba de salvar de un mal paso cuando unos matones le perseguían para acabar con él y robarle el dinero que acababa de ganar en una partida de póquer, hasta la bodega.

.- Debes permanecer aquí escondido hasta que salgamos a mar abierto. No quiero que en un inoportuno registro encuentren un polizón en mi barco. Y menos a un desertor de la Legión. Ahora mando que te bajen algo de comer y alguna manta. ¡Quédate aquí quieto! Yo te avisaré cuándo puedes salir.

Eleuterio queda solo en la oscuridad de la bodega. A su alrededor hay montones de sacos, bidones, y fardos sujetos por cuerdas. Desconoce qué transporta el barco, pero no parece mercancía extraña. No le gustaría caer en manos de traficantes de cualquier mercancía ilegal. Toma asiento en el suelo con la espalda apoyada en uno de los montones de sacos. La tensión vivida en las últimas horas ha sido intensa, ahora, a solas en la penumbra, siente que va cediendo la excitación, y que un peso se le pone sobre los párpados invitándole a cerrarlos buscando el necesario descanso.

¿Qué había ocurrido en aquellas horas? Por la mañana había salido de la guarnición con permiso de unos días. Según los jefes se lo había ganado tras el heroico comportamiento que habían tenido ante el enemigo. Muchos de sus compañeros se habían quedado mirando al cielo sobre el cerrillo del cercano monte, pero él y su amigo regresaron con bien. Sin alegría, pero reconfortados con la suerte que habían tenido esa mañana. Otro día, pues habría más, puede que no sea así. Recuerda cómo durante el camino hacia la ciudad, sobre el traqueteo del camión, él y su amigo habían discutido sobre qué hacer en la ciudad. Su compañero estaba empeñado en ir a una timba a jugar a las cartas, pero él no estaba convencido de que aquello era lo mejor que hacer durante un permiso. Discutieron largo y tendido, y al final tuvo que ceder ante la insistencia de su tenaz compañero.

Y ahora, tendido en la bodega de aquel barco, acogido a la protección de su desconocido Capitán, sigue creyendo que no había sido una buena idea ir a aquel tugurio a jugarse el dinero, un dinero que no era suyo, y que su amigo no dudó en poner en sus manos y confiar en su buena suerte. Ahora recuerda los dineros ganados, y busca en sus bolsillos los billetes allí guardados. Los pone sobre el suelo. No hacía falta contarlos para saber que había una cantidad importante de ellos. Una fortuna. Una

fortuna que ahora era suya ya que era imposible encontrarse con su compañero para devolvérselos. Sin embargo ahora que era dueño de una fortuna, no tenía un futuro seguro, y estaba en una singladura con rumbo desconocido. Reparte los billetes por sus bolsillo, tal vez no le convenga mostrar aquel dinero todo a la vez, así estará más seguro.

Ahora trata de hacer balance de su situación actual: es cierto que ha salvado la vida gracias a la intervención del Capitán Carrasco, pero a cambio era un prófugo y polizón en un barco con bandera desconocida, que no sabe hacia dónde se dirige. Era un desertor, y pronto colgarán pasquines anunciando su búsqueda y captura vivo o muerto. Seguramente su compañero se enterará de su buena suerte en la timba, y pensará que se había fugado con el dinero ganado. No es que a su amigo aventurero le importase mucho el dinero, pero el hecho de que le hubiera traicionado, no se lo perdonará. Eso

hará que nunca pueda volver por su país y tendrá que comenzar una nueva vida allá a donde le lleve el barco en que ahora está escondido. De hecho, cuando salió huyendo de su pueblo, ya tuvo que inventarse una nueva personalidad. Pero a pesar de todo, el balance tiene que ser positivo. Ha salvado la vida, y eso



era lo más importante.

Al llegar la mañana comienza el trajín en el barco, Una mano agita al dormido y le despierta.

.- ¡Eh! ¿Qué pasa?

.- ¡Despierta! Ya has dormido bastante.

Eleuterio, desde la bruma de su despertar, ve la cara de un hombre barbudo a quién no reconoce. Tampoco reconoce la oscuridad que le envuelve.

.- ¿Quién es usted? ¿Dónde estoy?

.- ¡Vaya! Veo que el sueño te ha borrado la memoria. Soy el Capitán Carrasco. Recuerda que te subiste a mi barco huyendo de aquellos matones que querían tu vida y tu dinero.

Eleuterio, ante la mención del dinero, en un involuntario movimiento, mete una mano en el bolsillo. Sí, allí estaban los billetes.

.- Como verás, aquí nadie te ha robado. Bueno, levántate. Ya no hay peligro, estamos en mar abierto y lejos de cualquier autoridad a quien puedas temer. Tengo que asignarte una tarea, en mi barco no quiero vagos. Si trabajas en firme, la tripulación te aceptará sin hacer preguntas. ¡Vamos!

El Capitán y Eleuterio abandonan la bodega y se dirigen a las cocinas del barco.

.- Paco es el cocinero, a partir de hoy tú vas a trabajar a sus órdenes. Serás su ayudante, y le obedecerás en todo como si yo mismo te diera las órdenes. Espero que tu comportamiento no traicione la confianza que pongo en ti. Paco, este muchacho es Eleuterio, lo dejo a tu cuidado. Espero que hagas de él un buen cocinero.

El Capitán se marcha y deja a Eleuterio en la cocina.

Paco, el cocinero, a cuyo cuidado le ha dejado el Capitán, es un hombre de mediana edad, alto, grueso, con un imponente continente, envuelto en un mandil estampado con toda clase de manchones que componen un cuadro abstracto digno del mejor pintor. La cabeza la lleva cubierta por un pañuelo mugroso de color indefinido. Su rostro, de gran papada, transmite bondad, y su voz, fina y aflautada, está muy lejos de las voces broncas que escuchaba en el acuartelamiento de la Legión. En su cara destaca uno de sus ojos velados por una blanca telilla.

.- Muchacho, bienvenido a mi mundo. Si me obedeces, y cumples bien, no tendremos problemas, pero como ya podrás comprobar más adelante, aquí no hay tiempo que perder. Hay muchas bocas que contentar. Así que para empezar, ponte este delantal, coge ese cuchillo, y ahí tienes ese saco de patatas para pelar.

Y este es el primer contacto profesional que Eleuterio tiene con la marina mercante.

El barco ya lleva varios días con un ligero balanceo sobre un mar tranquilo. La actividad a bordo sigue las pautas marcadas, y se sigue la ruta sin complicaciones. Eleuterio, desde su ocupación de ayudante de cocina, ha ido integrándose en la vida de los marineros con total naturalidad. En su trabajo nunca se entrometía en las tareas propias de los marineros, y por lo tanto nadie lo consideraba como un intruso que estorba, más bien se consideraba una buena ayuda ya que, terminado su trabajo en la cocina, se dedicaba a la limpieza de los lugares comunes como dormitorios, comedor, y el más desagradable de letrinas. Y los marineros, encargados de ese trabajo, agradecían esa ayuda. Además había otra cosa que le granjeó la simpatía de la marinería. De noche, terminado el trabajo en el barco, en la cubierta se montaba una partida de cartas entre los marineros. Eleuterio hacía de mirón, y era testigo de la torpeza de aquellos hombres con las cartas. Una noche en que el Capitán, en su ronda, se detiene a mirar la partida, propone:

.- ¿Por qué no dejáis que juegue el pinche de cocina? Creo que os podrá dar algunas lecciones de cómo jugar bien.

Una risotada es la respuesta que recibe la propuesta de su Capitán.

.- ¿Qué podrá enseñarnos este novato?

.- ¡Mucho! Ya os lo he dicho. Ahora, si tenéis miedo,...

Ahora la respuesta es un movimiento de los jugadores que deja un espacio libre en el corro.

.- ¡Vamos! ¡Siéntate! A ver qué es eso que nos puedes enseñar.

Cada jugador pone la misma cantidad al comenzar el juego. El envite era libre, y al terminar la partida todos se levantaban de la partida con el mismo dinero con que habían entrado en ella. Solo el gusto de ganarle la mano a sus compañeros, y el consiguiente cabreo de los perdedores, era suficiente ganancia para ellos, a parte de que el Capitán no permitía el juego con dinero. Así se evitaban muchas peleas. Y en esa partida toma parte Eleuterio.

Esa primera noche, sin saber cómo, delante de Eleuterio se fue acumulando en un montón, el dinero de todos los demás jugadores. Esa era una nueva prueba de su buena suerte en el juego, pero sus compañeros lo tomaron como una especial habilidad para manejar las manos y los envites.

.- Ya os he dicho que podría enseñaros algo.

Y así fue pasando noche tras noche, y sus compañeros le pedían que les enseñase los trucos para ganar siempre. Y él les decía: “Nada de trucos. Es una habilidad que tengo y que nadie me ha enseñado. Poco os puedo decir, tal vez algunos consejos para que estéis más atentos y podáis adivinar los movimientos de vuestros contrincantes.” Aunque ellos, con esa explicación, no se quedaban conformes. Y así es como el legionario desertor fue admitido como uno más en aquel barco mercante con rumbo todavía desconocido para él. En la cocina, Paco también se interesa por los trucos de su ayudante para ganar siempre. A pesar de todo, nadie le retiró el cubo y siguió fregando la cubierta en sus ratos libres.

Una noche, mientras repartían las cartas, una ligera brisa erizó el pelo del cogote de los jugadores. Se detiene la actividad, los hombres se miran unos a otros. Ahora una ventolera revuelve las cartas, y la alerta es general.

.- ¡Tormenta!

Todos se levantan y se da la alarma. Pronto cada marinero se ocupa de sus tareas propias cuando se acercaba una tempestad. Eleuterio es enviado a la bodega a ayudar a sujetar la carga. Hasta allí bajo llega el estruendo del primer trueno. De pronto el barco se ve agitado por una convulsión que le hace cabecear de manera peligrosa.

.- ¿Qué ocurre? ¿Nos vamos a hundir?

.- No te preocupes muchacho, este barco es seguro. Es muy marinero y puede con cualquier tormenta.

Pero Eleuterio no está muy seguro de ello. Siente que la tormenta se está instalando en su estómago. De pronto sale corriendo buscando la cubierta. Una vez allí se asoma por la borda y suelta el chorro de una vomitera de campeonato. El barco se mueve de babor a estribor, y las negras nubes que se adivinan en el agitado firmamento, son fantasmas que vienen a llevarle al fondo del mar. Siente frío mientras su frente está sudando. La debilidad le hace caer desvanecido sobre las tablas que ayer limpió con ahínco. La lluvia comienza a caer con violencia sobre el barco y la marinería. El muchacho sigue tendido en cubierta, Paco, arrastrando una lona, se llega hasta donde está el desvanecido y le cubre con ella.

.- Así estará más seguro, no se mojará, y el peso de la lona le protegerá de la ventisca.

La tormenta, una vez cumplido su trabajo, se aleja dejando espacio para el Alba. Eleuterio sigue debajo de la lona. Su debilidad, y el peso de la tela encharcada, no le permiten ponerse en pie. Unos marineros le retiran el cobijo. El aspecto que presenta el legionario es lamentable. Está pálido, y sus ojos hundidos en las cuencas, parecen ojos de loco.



.- Bueno, este tiene para rato. ¿Le llevamos a la cocina? Aquí no puede seguir.

.- Eso es mejor que lo decida Paco. Nosotros tenemos mucho que hacer.

Paco ya llega desde la cocina portando en la mano un cacillo.

.- ¡No le mováis insensatos! No debe moverse en unas horas. Ya me ocupo yo de él.

Los marineros se alejan riendo del mal trago que está pasando el ayudante de cocina. Paco se arrodilla a su lado. Le pone un brazo por detrás del cuello, le levanta un poco la cabeza, y le obliga a beber del cacillo.

.- Esto te aliviará.

No pasa nada durante unos segundos, de pronto, Eleuterio tiene una sacudida, un alarido, y cae de nuevo sin sentido sobre las tablas.

.- Bueno, al medio día ya estará bien.

Y el cocinero, arrastrando toda su anatomía, regresa a la cocina. Con la pócima que le ha hecho tragar a su ayudante, da por zanjado el incidente. Hoy dará de comer un buen estofado para reponer las fuerzas gastadas durante la tormenta.

El sol, en todo lo alto, calienta la cubierta donde está el legionario todavía bajo los efectos del prolongado mareo. El barco no presenta ningún indicio de haber pasado una noche tan movida, y los marineros están en sus tareas cantando canciones picantes. Alguno de ellos introduce alguna estrofa aludiendo al comportamiento del novato.

- ¡Vamos muchacho! ¡Levanta! Ya está bien de gandulear.

El cocinero le sacude con uno de sus pies hasta que consigue que Eleuterio abra los ojos.

- ¡Vamos! Hay muchas patatas por pelar. ¡Vaya un legionario caguetas!

Eleuterio cree estar en el fondo de un pozo. Oye a su jefe desde una distancia imposible. Mueve un brazo y lo siente liviano, como si no pesara nada. ¿Acaso está delirando? ¿El mar le ha tragado hasta el fondo? ¿Está muerto y esa levedad era la misma muerte?

- ¿Hasta cuándo piensas estar ahí tendido? En el barco hay trabajo esperando. Tienes que ganarte la ración de rancho.

El Capitán habla al pasar y se aleja sonriendo. Conoce bien los síntomas de una noche de tormenta en un novato, pero sabe que el remedio del cocinero le dejará como nuevo.

- ¡A ver, vosotros! Sujetad bien esos cabos. No tengamos un disgusto.

Eleuterio se incorpora. Milagrosamente se encuentra despejado como si hubiera pasado una noche de tranquilo sueño. Se pone en pie. Mueve una pierna y luego la otra. Nada. No ocurre nada. ¿Y el mareo que tenía hace un momento? No le duele nada. No siente su cuerpo. ¿Acaso es ahora su espíritu? Camina hacia la cocina, y sus pies se mueven como levitando. ¿Era aquella una de esas misteriosas historias de mar que había oído contar? Llega a la cocina. Paco le está esperando en la puerta.

- ¡Toma el delantal! Coge el cuchillo, y a pelar patatas.

Las patatas van pasando del saco a la caldereta. Eleuterio repasa lo que recuerda de la noche anterior. Recuerda con claridad el malestar que le hizo subir a cubierta. Recuerda que estaba apoyado en la borda mientras su interior expulsa la incandescente lava de una vomitera. Luego la nada. Oscuridad. Y hace un momento un cielo despejado y el sol brillando en todo lo alto. Y el sentimiento de un bienestar como si hubiera hecho un viaje a uno de esos lugares milagrosos donde la gente acudía en romería buscando una milagrosa curación.

Sabe que pronto el barco llegará a puerto. Fin del viaje. ¿Y luego qué? Él no quiere seguir en el barco, aquello no era para él, él quiere sentir la tierra firme bajo sus pies. Pero si no, ¿qué hacer? Tal vez en el puerto esté la policía esperando para detenerle y devolverle a la guarnición de donde había desertado. De ser así su vida estará unida a las cadenas de su cautiverio. Sigue pelando patatas, y cada tubérculo mondado le semeja un pájaro del mal agüero.

- ¡Eleuterio! El Capitán te espera en su camarote.

Eleuterio se quita el delantal, se arregla la ropa y se atusa el pelo. Es la primera vez que el Capitán le llama a su camarote. ¿Qué querrá? Él no ha tenido ningún problema en la cocina, tampoco ha tenido una pelea con los marineros. No sabe pues a qué se debe la llamada del Capitán. Sale de la cocina y baja hasta el camarote del Capitán.

- ¿Me ha mandado llamar usted Capitán?

- ¡Sí! ¡Pasa muchacho, pasa, y cierra la puerta! ¡Siéntate!

Ahora están uno frente al otro. El Capitán guarda un momento de silencio como tratando de encontrar las palabras para comenzar a hablar. Mientras Eleuterio está un poco desconcertado. ¿Qué es lo que quiere el Capitán que le está costando hablar?

.- Mira muchacho: supongo que sabes que este viaje está llegando a su final. Cuando llegemos a puerto vamos a tener un problema tú y yo, por lo que llevo varios días pensando en cómo solucionar esa situación. Yo no quiero perjudicarte, y tampoco quiero exponerme a verme ante la autoridad por tu irregular presencia en el barco.

El Capitán vuelve al silencio.

.- ¿Y qué podemos hacer?

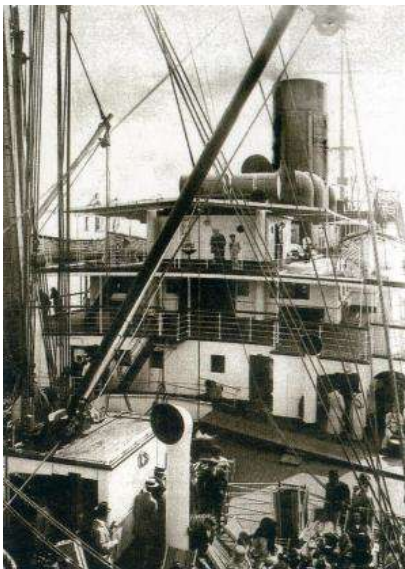
Hace unos años, durante un tiempo me dediqué a hacer viajes por mi cuenta con este barco. Cuando navegaba por mares lejanos, los viajes duraban mucho tiempo y siempre había que fondear en algún puerto para revisar el barco, cargar combustible y llenar la despensa. Yo aprovechaba alguna de esas paradas para informar al armador de alguna avería que obligaría al barco a estar más tiempo en puerto. Durante ese tiempo de paro la tripulación tenía fiesta, yo contrataba gente hecha a viajar al borde de la ley, y hacía viajes llevando mercancía de contrabando.

El capitán hace una pausa. Se sirve una copa y bebe como buscando en el líquido valor para seguir con aquella confesión, pues era la primera vez que la hacía.

.- Esto que te estoy contando no lo sabe nadie. Si te lo cuento a ti es porque tenemos que ser cómplices en esta solución.

Eleuterio se revuelve inquieto. ¿A dónde quiere ir a parar el Capitán?

.- Durante uno de aquellos viajes nos sorprendió una tormenta terrible, yo creía



que nos mandaba al fondo del mar. Por la mañana llegó la calma, en el recuento de destrozos tuvimos que anotar la muerte de uno de los marineros. Como ya te he dicho eran viajes clandestinos, no figuraban en ningún sitio, así que era como si no se hubieran hecho. Los marineros que me acompañaban no figuraban en ninguna lista, y el reportar la muerte del marinero suponía una gran dificultad y un riesgo de enfrentarse a la autoridad. Así que por el bien de todos acordamos arrojar al mar el cadáver y hacer como si ese marinero no hubiese existido nunca. En ese acuerdo iba la seguridad de todos. No sé si estuvo bien, pero es lo único que podíamos hacer. Ese fue mi último viaje de esa clase.

Otro trago.

.- ¡Bien! Tengo aquí en mi camarote la ropa y la documentación de aquel marinero muerto en el mar. Nadie en el barco sabe nada de esto, así que como tú no puedes bajar del barco con esa ropa militar, te vestirás con la que yo guardo. También tendrás que cambiar tu documentación por la de aquel hombre. Dejarás de ser Eleuterio, un legionario desertor, y pasarás a ser Miguel Laureiro, un marinero originario de un puerto del norte. Nadie podrá encontrar semejanza entre uno y otro.

Silencio.

.- ¿Qué te parece el arreglo?

.- A mi me parece bien lo que usted disponga, Capitán.

Al poco, por la puerta que entró Eleuterio, se pudo ver salir a un rudo marinero de nombre Miguel Laureiro.

* * *

El barco arriba a puerto, había llegado al continente americano. Durante la maniobra de atraque, el Capitán Carrasco le ha dicho a Miguel que permanezca en el barco y ayude en lo que pueda como un marinero más.

- Yo bajaré a tierra, tengo que hacer los trámites ante la autoridad portuaria, y ante la aduana. Cuando termine, vendré al barco a por ti, bajaremos juntos y te llevaré a donde yo suelo alojarme cuando atracó en este puerto. Compórtate con naturalidad, pero cuanto menos te hagas visible mejor. Nadie puede sospechar nada, pero es mejor no tentar el peligro.

El capitán baja del barco y se pierde entre el bullicio de ir y venir de gente y mercancías. Miguel queda en el barco. Con aquella ropa nadie podía sospechar en él al legionario que un día salió huyendo cuando unos matones le perseguían para robarle, que subió a un barco y se convirtió en un polizón y desertor de la Gloriosa Legión. Ha pasado mucho tiempo en el barco y ya tiene costumbres de marino. Nadie le puede sorprender en terreno ajeno.

Los marineros se ocupan en tareas cotidianas en espera de que llegue el permiso para hacer la estiba de la carga que trasportaba el barco. La espera podía durar varios días, durante ese tiempo los marineros no pueden abandonar el barco. Miguel –antes Eleuterio– está acodado a la borda mirando el hormiguo que hay en el muelle. Carretas, en un constante ir y venir, van trayendo y llevando mercancías de toda clase. Aquel puerto debe ser una de las puertas principales para el comercio de aquella parte del continente. ¿Qué ocupación podrá tener él en aquel medio tan ajeno? Primero tendrá que solucionar el bajar del barco sin complicaciones, y luego encontrar hospedaje. El Capitán le ha dicho que se ocupará de eso. Espera que todo salga bien, sin embargo no puede dejar de sentir inquietud. Durante la larga travesía se había acostumbrado a una vida rutinaria en el barco: ayudando en la cocina, limpiando suelos, y por las noches las partidas de cartas. Y ahora, cuando pise tierra, todo será distinto. Allí no hay nadie conocido, y cuando el barco zarpe se quedará solo. Esa reflexión se ve cortada por la llegada del Capitán.

- Miguel, prepara tu petate. Dejo estos papeles en el camarote, y nos vamos.

Una vez en el muelle, todo aquel movimiento sin orden aparente resulta agobiante. Van sorteando cajas, barriles y carromatos en busca de la salida que les lleve hasta la ciudad. El Capitán anda delante como si toda su vida hubiese transcurrido en aquel trájín, pero Miguel lo hace dando golpes y traspies como si estuviera borracho. Al fin desembocan en una replaza donde nace la calle que conecta el puerto con la ciudad. Aquel apéndice urbano, por donde ahora andan, aunque sigue teniendo un tránsito importante lo hace con cierto orden. Hay aceras que libran a los peatones del peligro de ser arroyados por una caballería, o un carromato de los muchos que circulan por allí levantando una nube de polvo.

A su paso, van dejando atrás almacenes, comercios de toda clase, bares, tabernas, restaurantes y hoteles. Mas alejados se adivinan los corrales para el ganado. Unos edificios muestran su antigüedad entre desconchones, salitre y carcoma. Los más nuevos lucen sus fachadas recién pintadas. Toda una típica estampa de una importante ciudad portuaria. Los anuncios, con sus colores y artísticas letras, alegran el conjunto. Hacia la mitad de la calle se detienen a las puertas de un hotel.

- Hemos llegado. Tú déjame hablar a mí.

El lugar se anunciaba como “Hotel El Porvenir”. Es un edificio bonito de dos plantas y estaban en muy buen estado. Tal vez no era nuevo, pero podía competir con ventaja entre sus vecinos. Entran. Dentro la recepción está muy bien iluminada por los ventanales que dan a la calle y que apenas están velados por leves visillos. En el mostrador les recibe una joven muy bonita que les sonríe.

- ¡Buenos días Manolita!

- ¡Bienvenido Capitán! ¡Que gusto verle de nuevo por aquí!

- ¿Y Genaro? ¿Por dónde anda?

- Está arriba procurando que todo está en perfecto orden. Luego tendrá que ir al mercado para hacer la compra. Ya sabe usted, lo de siempre.

- Mira Manolita, este muchacho es Miguel, un marinero que no sigue con nosotros y se va a hospedar en tu hotel. ¿Supongo que quedará alguna habitación libre?

- Para usted siempre.

- Por el pago no debéis preocuparos, Miguel tiene con qué pagar. Lo que sí quiero es que le tratéis como lo hacéis conmigo. Es un buen muchacho y de confianza.

- Aquí, usted lo sabe, tratamos bien a todos los clientes.

- Bueno, tú sabes lo que quiero decir.

- ¡Ja, ja, ja!

Manolita ríe. Se nota que el Capitán le gusta como cliente. Mira a Miguel con atención. Hace un gesto de asentimiento y sonrío. Aquel marinero también le va a gustar. Luego hace sonar una campanilla. Llama a Genaro. Al momento éste baja por la escalera, se detiene, ve al Capitán, y sonriendo acude a él con los brazos abiertos.

- ¡Capitán Carrasco! Cuanto bueno por aquí. ¡Bienvenido a su casa!

Y ambos se funden en un abrazo.

- Genaro, yo también me alegro mucho de verte, ello quiere decir que una vez más mi viaje tiene un final feliz.

Genaro da la vuelta al mostrador, toma una de las llaves, y se la ofrece al Capitán.

- Aquí tiene la llave de siempre. Yo tengo que salir ahora para el mercado, cuando vuelva quiero verle sentado en nuestra mesa. Mientras tomamos una copa me contará las aventuras de esta última singladura. Aquí es todo tan aburrido.

Manolita interviene.

- Genaro, este muchacho es Miguel, se va a hospedar en el hotel. Ha venido con el Capitán. Es su amigo.

- ¡Bienvenido Miguel! Estás en tu casa. Y ahora me marchó, se hace tarde.

- Ya ve usted Capitán, Genaro siempre con prisa, siempre ocupado. Este negocio así lo exige. Toma muchacho, esta es tu llave. Está al lado de la del Capitán. Él ya conoce el camino. Una vez más, bienvenido Capitán.

Los dos hombres suben la escalera en busca de sus habitaciones. Antes de separarse el Capitán le ha dicho:

- Ya ves lo bien que nos han recibido. Aquí te sentirás como en casa siempre que tú te portes correctamente. Genaro y Manolita son los dueños, y los que atienden el hotel. Buenos muchachos, ambos se tuvieron que poner al frente del negocio cuando Valentín, el padre de Genaro, murió. Valentín, a quien conocí muy bien, era un emprendedor, un luchador por la vida, que después de mucho rodar mundo montó este hotel para formar una familia. Y como puedes ver, lo consiguió. Genaro y Manolita se casaron al poco de regresar él de estudiar en Europa. Manolita viajaba en el mismo barco, y cuando su padre murió en extrañas circunstancias, encontró la ayuda de Genaro. Una vez en tierra, aceptó la hospitalidad de Valentín, se instaló en el hotel donde ayudaba en el negocio, y para normalizar su integración en la familia, decidieron casarse. Espero no defraudar su amistad. Y ahora lo mejor es que los dos descansemos.



Miguel ya está instalado en el hotel. La amabilidad de los dueños sigue igual que cuando llegó. A Genaro se le nota que le gusta y entiende el negocio hotelero. No para de ir de acá para allá procurando que todo esté a gusto de sus clientes. Allí, la clientela, como ha podido saber, suele ser de estancia larga. Esto daba la medida de la calidad del establecimiento. Y Manolita era el complemento perfecto para que ello fuera posible. Atendía la recepción, ordenaba los menús, y cuidaba de que la limpieza fuese perfecta. Y en ese ambiente a Miguel le es fácil integrarse. Ahora se siente tranquilo. Tal vez las primeras noches las pasó algo mal. Hecho al movimiento del barco, y a dormir mecido en la litera, la estabilidad de la cama del hotel le provocaba cierta angustia, y se despertaba más de una vez presa de inquietud desconcertante. Pero eso, poco a poco, también ha ido superándolo.

Por las mañanas, luego de desayunar, sale rumbo al puerto. Allí, está con sus compañeros en el barco, y hasta ayuda en la descarga de mercancías. También, aunque con menos alegría, toma parte en la carga, pues ello marcaba el tiempo de levar anclas de vuelta al viejo continente. Cuando ese día llega, Miguel, (por ese día vuelve a ser Eleuterio) queda en el muelle hasta que el barco, haciendo sonar la sirena se pierde en el horizonte y el penacho de humo de la chimenea se confunde entre las nubes del cielo. Se había quedado solo. Y el ritual de la mañana lo siguió manteniendo.

Sentado sobre un fardo, de cara mirando al mar, pasa las horas. Mira a lo lejos, esperando ver sobre el espejo de un tranquilo mar, algún indicio que le recuerde el paisaje que vio en su primer abrir de ojos. Los olivares de su niñez, las caballerías yendo y viniendo en un constante trajín. El fuerte olor del aprisco, el ordeño al caer la tarde, el barro entre los dedos de pies calzados con abarcas. Su vida en el monte, y el tremolar entre los brazos de Rosita en aquella calurosa tarde que fue el principio de la inacabable aventura que está viviendo. ¿Qué habrá sido de ella? ¿Tal vez engendró y ahora su sangre paseará los salones que a él le estaban prohibidos? O tal vez solo quede el recuerdo de un desgraciado aborto. Solo el ver la proa de un barco amigo acercándose al muelle, le puede calmar aquella angustiosa impaciencia. Cuando sus pensamientos llegan a este punto, abandona el puerto para buscar refugio en la compañía de Genaro. Y al día siguiente vuelta a empezar.

Aquella mañana, de camino al puerto, siente como si al andar sus pies lo hicieran sobre almohadas llenas de alfileres. Nota que el suelo sobre el que ahora anda es distinto al de otros días. También su humor vuela por otros espacios. Nada especial había ocurrido para aquello. Llega al puerto y toma asiento en su lugar preferido. Apenas pasado un minuto, cuando no ha podido todavía fijar su vista en un punto del horizonte, una extraña sensación le hace levantarse. Ese día el color del agua entre los barcos atracados, se ha tornado oscura, como si uno de aquellos monstruos que se mecen en los muelles, hubiese vomitado su bilis corrupta. Siente un escalofrío de miedo, y abandona el puerto. Nunca más volverá.

Había llegado la hora de dar un giro a su vida. No puede seguir en aquella angustiosa nostalgia. Debe encontrar algo que de aliciente a sus días. Debe ocuparse en algo que justifique su estancia en la ciudad. Nadie le ha dicho nada, pero sí ha notado que alguna conversación se interrumpía al acercarse él, tal vez todo sea una aprensión suya, pero en algo tiene que pensar. Lleva ya varios días sin salir por las mañanas para su visita al puerto, ahora después de desayunar suele sentarse en la terraza del hotel a hacer solitarios. Eso le ayuda a pensar.

- ¡Buenos días Miguel! Veo que está usted muy entretenido con los naipes. Los maneja muy bien. ¿Ha sido jugador alguna vez?

Quien así le saluda es un cliente del hotel. Dice ser comerciante, representante de una empresa de exportación. Pero la única actividad que se le conoce es la que realiza cada noche sobre el tapete de la mesa de juego. Y su continente: delgado, de nariz aguileña y mirada penetrante, le daba la imagen de tahúr.

- ¡Buenos días Don Marcial! Solo estoy entreteniéndome un poco la mañana. Algo he jugado, sí. Pero el juego no es mi ocupación favorita.

- Siempre viene bien, a seres solitarios como nosotros, tentar de vez en cuando a la suerte. ¿No le parece?

- Pues no sé qué decirle Don Marcial.

- Esta noche se ha montado una buena partida en el salón privado y nos falta un punto en la mesa. Usted podría ocupar ese hueco.

Miguel se tensa ante el comentario de Don Marcial. El tapete verde le trae malos recuerdos, y en ningún caso tiene intención de volver a sentarse ante uno de ellos. Pero tampoco quiere ser descortés con quien le hace tan amable invitación.

- Lo pensaré.

- Quedo a la espera de sus noticias. ¡Buenos días!

- ¡Buenos días!

Miguel sabe que de vez en cuando, en el salón privado del hotel, se organizaba



una partida fuerte que duraba hasta bien entrada la mañana, y no solo participaban clientes del hotel, si no que acudían forasteros con ganas de ganar, o perder, a veces toda su fortuna. Pero él nunca sintió curiosidad para acercarse a ver alguna mano. Quiere dejar lejos el juego, una cosa era jugar en el barco con los marineros, y otra meterse otra vez en una de esas partidas donde el dinero era abundante y cambiante la suerte. Pero a veces siente la tentación de comprobar si la suerte era una

aliada suya como le decía su compañero en la Legión, y pudo comprobar en aquella desgraciada timba la noche que desertó de su vida anterior. ¿Por qué no esta noche?

- ¡Bueno Miguel! A ver, explícate.

Genaro está delante de él cruzado de brazos y con la interrogación en la mirada.

- No sé a qué te refieres Genaro.

Genaro se sienta frente a él. Genaro es de su misma edad, aunque con su porte siempre elegante de hombre importante, parece mayor, y acostumbra a hablarle como si lo fuera.

- ¿Ah no? ¿Por qué no sales cada mañana rumbo al puerto, como has venido haciendo desde que llegaste a este hotel, y ahora te quedas aquí sentado toda la mañana?

- Si he de ser sincero, no lo sé. Un día me sentí incómodo allá en el puerto. Cansado de tanto mirar a ninguna parte sin ver nada, he decidido no volver por allí con esa intención, y ahora estoy aquí en la terraza. Como no espero nada, no me impacientará la espera aunque sea larga. Estoy tratando de encontrar una ocupación a mi tiempo, y he decidido permanecer en el hotel el tiempo necesario hasta decidir qué hacer con mi vida.

- Eso me parece bien. ¿Y qué te rueda por la cabeza?

- Nada, nada. Mi cabeza está hueca.

- Cuando venía para acá, he visto que salía de esta terraza Don Marcial. ¿Habéis estado hablando?

.- Ha venido con la intención de invitarme a una partida. Según él una partida fuerte. Lo que no entiendo es por qué me invita a mí. Aquí nadie me ha visto jugar.

.- Puede que la culpa sea mía. El Capitán Carrasco me habló de tu habilidad, y de tu suerte en el juego. Cuando Don Marcial me ha comentado que faltaba un jugador para completar la mesa, he comentado, sin ninguna intención, que sería interesante verte participar a ti en esa partida.

.- Pues él ha tomado en serio tu comentario.

.- ¿Y tú, qué opinas?

.- En un principio no me ha disgustado su invitación, pero no estoy preparado para volver a una mesa de juego. Mi actual situación tiene su origen en un tapete verde. No quiero que la historia se repita. El Capitán debió callar.

.- No le culpes. Si le hubieras oído con que pasión me contó aquella partida. Él cree que eres un jugador nato. Que puedes jugar, y ganar, contra cualquier contrincante. Y esa fe que tiene en ti, me la ha contagiado a mí. Yo también te invito a esa partida.

.- ¿Pero tú juegas?

.- ¡No, no! Yo no entiendo nada del juego. Además no estaría bien visto que yo ganase a mis propios clientes. ¡Tú sí debes jugar! ¡Ah! Y por el dinero no te preocupes, si tú quieres, seremos socios.

Y así es como Miguel vuelve a verse delante de una mesa de juego, ante jugadores profesionales. En esta ocasión su socio no es su compañero de trincheras.

Miguel es aceptado de buen grado en la partida. Esa noche quiso jugar procurando no llamar la atención de los otros jugadores. Parecía dudar ante cualquier envite, miraba fijamente sus cartas como si le costase reconocer la jugada. Perdió unas manos y ganó otras, y al final, el balance era ligeramente positivo para él. Esa noche no estaba sentado a la mesa ningún jugador que procedía del mundo del mar. Había, según le dijo Genaro: un Notario, el dueño de un hotel vecino, un minero retirado, un alto funcionario, un viajante y Don Marcial. El dinero pasaba de una mano a otra sin que ninguno de los jugadores tuviera que reponer su resto. Una partida sin sangre, como comentaron los jugadores, y que fue de satisfacción de todos. Todos amaban el juego, y esa noche se jugó. Más de uno pensó que aquel ambiente se debió a la presencia del joven Miguel.

.- No pienses que esto va a ser siempre igual. Esta noche flotaba algo en el ambiente que ha hecho que todos mostrasen su mejor cara, pero no te engañes, hay jugadores capaces de jugarse hasta las pestañas. Más de uno se ha levantado de esta mesa arruinado.

.- Creo que exageras, a mi me parece gente muy moderada en el juego, y el alcohol no ha abundado, tanto es así que yo me he encontrado a gusto jugando con ellos. Mi contrincante, aquella nefasta noche, fue muy distinto a estos. No les creo capaces de mandar a matones a recuperar el dinero perdido en la mesa.

.- ¡Bueno! ¡Bueno! Tú hazme caso y no te confíes.

A pesar de las precauciones de Genaro él se encontraba contento con las sensaciones que ha tenido al verse otra vez frente a un tapete verde. Su miedo se había disipado, y tiene la intención de que esa noche no sea la única en que acuda a la partida. La ganancia había sido corta, pero él ha observado a sus compañeros de partida, y se cree capaz de ganarles cuando se lo proponga. Solo Don Marcial tenía trazas de jugador profesional. Con ese buen sabor de boca se marcha a la cama.

Miguel parece que había encontrado un motivo para seguir en aquella ciudad donde había llegado de la mano del azar: Las partidas de cartas de noche en el hotel. Esa

ocupación le está permitiendo ingresos que mantiene quieto el capital que trajo en el barco, y aun aumentarlo con las ganancias. Era cierta su habilidad con las cartas reforzada a cada partida en la que participaba, pero él creía que lo principal era la suerte que, como un alo de protección, le mantenía a cubierto de un mal envite. Así fueron pasando meses y años, y la amistad entre el huésped, y los dueños del hotel, iba creciendo. Genaro y él seguían en la sociedad acordada en el juego, y Manolita reía y les predecía un mal final si les sorprenden en alguna trampa, pero él siempre le decía que nunca las hacía, no lo necesitaba para ganar.

Una tranquila mañana de domingo, estaban los tres desayunando en la terraza, en uno de los pocos momentos en que se podían quedar a solas, Miguel habló de una idea que hacía tiempo que le rondaba por la cabeza.

- Tengo algo que comentaros. Es algo que llevo madurando desde hace tiempo. Creo que a los tres nos vendrá bien. Hace ya algunos años que llevo hospedado en vuestro hotel, aquí me encuentro como en la casa que a mí me hubiera gustado tener. Y creo que ha llegado el momento de empezar a construir una casa para mí.

- ¿Qué quieres decir? ¿Es que hemos hecho algo que te moleste?

- ¡No Genaro, no! No es nada de eso. Yo estoy muy a gusto aquí con vosotros.

Esta es vuestra casa, algo que es vuestro, y vosotros lo construís día a día. En cambio yo voy cumpliendo años, y sigo sin tener un techo propio donde cobijarme en la vejez. Y eso es lo que yo quiero corregir.

Manolita, cogida por sorpresa por las palabras de Miguel, no puede más que echarse a llorar.

- ¿Ves lo que has conseguido? Cálmate Manolita, nada de lo que ha dicho va a ocurrir. Miguel, como tú dices, este hotel es nuestra casa, algo que heredamos de mi padre



y que pensamos seguir manteniendo, pero desde hace tiempo que Manolita y yo te consideramos uno más de la familia, por lo que esta es también tu casa. Así que eso de marcharte a vivir solo a otro sitio, olvídale. Compra una o cien casas, si quieres, pero olvídate de dejar el hotel.

- Pero...

- ¡Ni una palabra más sobre el tema! ¡Se acabó!

Y así se conforma un nuevo contrato de convivencia entre los tres.

Miguel en la terraza del hotel está degustando la primera cerveza del día.

- ¡Buenos días muchacho! ¿Puedo hacerte compañía?

- ¡Por favor! ¡Tome asiento! ¿Le apetece una cerveza?

- ¡Gracias! Me vendrá bien.

El minero retirado, pues es él el que llega a la terraza, toma asiento en la mesa que ocupa Miguel mientras éste va a buscar una cerveza para su inesperado invitado. Rodrigo, que así llaman al minero, parece nervioso, y aquella situación es insólita por lo rara. No era hombre de trato fácil, y siempre parecía que desconfiaba de todo.

- ¡Aquí tiene la cerveza!

- ¡Gracias!

Un silencio. Miguel está expectante, Parece que Rodrigo quiere decirle algo, pero le cuesta hablar. Conoce el extraño proceder del minero, y por eso, a ese silencio, no le da demasiada importancia, pero le intriga su presencia.

.- Miguel, quiero decirte que te considero una buena persona. Eres noble en el juego, y eso habla mucho en tu favor, además los dueños del hotel te tienen mucho afecto, lo cual es algo favorable para ti.

.- ¡Gracias Don Rodrigo! Pero, no sé a qué viene tanto piropo.

Rodrigo juguetea con la esclavina de oro que sujeta el reloj de bolsillo. Parece tener dudas en hablar, y con un pañuelo seca las gotas de sudor de su frente.

.- ¡Vamos! ¡Dispare!

.- ¡Bien! Esto que te voy a proponer lo tengo bien pensado. Tengo confianza en ti, y a nadie más le ofrecería este trato, pero de todos a quienes conozco en esta ciudad, solamente a ti se lo propondría.

Silencio.

.- Hace ya unos años, lejos de aquí, la gente empezó a decir que yo había encontrado un buen filón, y que estaba forrado de oro. Esto si es cierto o no, no importa, lo cierto es que en su momento me trajo muchos problemas, tantos que tuve que huir de aquel territorio, tomar una nueva identidad para poder vivir tranquilo. Yo creía haberlo conseguido, pero desde hace unos días, he comprobado que alguien me vigila, y me ha parecido reconocer a uno de los matones que me amenazó en el pasado.

Nuevo silencio, y trago de cerveza.

.- He estado pensando en qué hacer para volver a huir, y creo que sería inútil hacerlo, igual que me han encontrado ahora, lo pueden hacer en cualquier otro lugar, y ya estoy cansado, por eso quiero proponerte un trato, si tú aceptas.

.- Pues diga de qué se trata.

Rodrigo se levanta y se acerca a la puerta de la terraza para asegurarse de que nadie les puede oír. Vuelve a sentarse.

.- Esta noche tenemos una de las partidas llamadas grandes. Habrá mucho dinero en la mesa. Tenemos que procurar quedarnos los dos solos en el envite. En ese momento yo pondré en el centro de la mesa toda mi fortuna, y tú aceptarás el envite. A nadie extrañará que me ganes la mano, yo no soy un buen jugador y tú eres un maestro en lo de ganar envites. Yo quedaré arruinado, y me quitaré de encima la amenaza de los matones. Ellos, de mí, solo quieren el oro. Arruinado no les sirvo de nada.

Ahora el silencio se le atraganta a Miguel.

.- Pero eso,...

.- Lo tengo todo muy pensado. No creas de verdad que voy a quedar arruinado esta noche. Si tú aceptas ayudarme, pasarás a ser dueño de la casa que tengo aquí, así como una buena cantidad de dinero. Un buen negocio para ti.

.- Entonces la amenaza de los matones los tendré yo.

.- No lo creas. Acabada la partida, marcharemos a mi casa donde yo te haré entrega de la escritura de la casa y la llave de la caja fuerte. Yo, con el coche que ya tendré preparado en la puerta, marcharé a buscar hospedaje en otro hotel. Por la mañana, te encargarás de que se corra la voz de que la tal mina nunca existió, que el minero no tenía ninguna fortuna, que todo ha sido un engaño. Al no existir el oro, la amenaza desaparece para mí y para ti. ¿Qué te parece?

.- Lo tiene todo muy bien pensado.

.- Si tú me ayudas te deberé la tranquilidad, y quién sabe si también la vida. ¿Qué me contestas?

Silencio. Miguel se levanta y se acerca a la baranda, mira a lo lejos, a las tranquilas aguas del puerto donde se balancean varios cargueros. También la ayuda del Capitán Carrasco le libró a él de los matones. Tal vez este hombre le está diciendo la verdad, y esté en un verdadero peligro. ¿Qué hacer? Si se mete en esa partida, y la cosa sale mal, no solucionaría el problema del minero, y tal vez él tenga problemas si

interviene la autoridad. En ese momento, en la bocana del puerto, aparece el penacho de un barco que anuncia su llegada haciendo sonar la sirena.

- ¡Está bien! De acuerdo, le ayudaré.

- ¡Gracias! ¡Muchas gracias! No te arrepentirás muchacho.

Por la noche, el lugar donde se iba a jugar la partida, estaba más lleno de espectadores que de costumbre. Se había corrido la voz de que aquella era la partida del año, y había mucha curiosidad por presenciarla. Mezclado entre el intenso olor a tabaco y alcohol, había algo misterioso en el ambiente, como si se barruntase que algo extraordinario iba a ocurrir. Los seis jugadores que estaban en la mesa, comenzaban a sudar. El dinero pasa de un montón a otro según la suerte, o el coraje del jugador. La partida transcurría con normalidad, sin embargo, llegado un momento las apuestas fueron aumentando, y era tanto el dinero que se apostaba, que uno a uno los jugadores fueron retirándose del envite



hasta que solo quedaron Miguel y el minero como apostantes.

Hasta el momento todo estaba saliendo según lo previsto por Rodrigo. También Genaro y Manolita estaban en el secreto, y de hecho ellos dos fueron quienes animaron a la gente a asistir a la partida, y quienes pusieron a vigilar a varios camareros por si alguno de los matones de quienes hablaba el minero aparecía por el salón. Aquella partida era muy conocida en toda la ciudad. Ahora todo dependía de que las cartas de Miguel ganasen a las que en ese momento tenía en la mano su contrincante.

- Voy con mi resto.

En el salón, tras unas exclamaciones de sorpresa, se hace el silencio. Hasta los ventiladores que hay en el techo parecen detenerse para no molestar con su siseo. El montón de dinero que Miguel ha adelantado hacia el centro de la mesa corta la respiración de los mirones. Era una verdadera fortuna. Rodrigo parece dudar. Saca un pañuelo para secarse el sudor que inunda su frente. No era para menos, el envite era impresionante, y él tiene que responder.

- ¡Vamos Don Rodrigo! La cosa es sencilla: ¿Va, o no va? Usted dirá.

El minero se levanta de la mesa y da unos pasos, parece que necesita moverse para regular su respiración y no sufrir un infarto. Vuelve a su asiento. Hay un movimiento de impaciencia en los espectadores.

- Con mi resto no puedo cubrir el tuyo, pero si quieres lo igualo con mi casa y mi fortuna.

Ahora los que parecen al borde del infarto son los espectadores. Entre ellos hay algunos jugadores profesionales, pero aquello era más de lo que ellos habían presenciado nunca. Aquel hombre, tenido por millonario, acaba de jugarse a una mano toda su fortuna.

- ¿Esta usted seguro Don Rodrigo? Después de esto puede quedar en la ruina.

- ¿Aceptas?

Ahora es Miguel el que se levanta. También para él aquello era demasiado, así lo comenta. Tiene que hacer creer en la verdad de aquella situación. Apresurarse podía ser sospechoso, aunque aquel hombre podría haber perdido el juicio, lo que se estaba

jugando es demasiado, era del dominio público que el minero retirado era muy rico. Miguel vuelve a la mesa.

- ¡De acuerdo! Pero que conste que el apostararlo todo es cosa suya, no quiero que luego me culpen de abusar de usted.

Era la hora de enseñar la jugada que cada uno tiene en sus manos. Rodrigo, que parece haber perdido los nervios, muestra las suyas.

- ¡Trío de Reyes!

Un ¡Oh! sube la tensión en el salón. Aquella era una mano difícil de ganar. Tres Reyes es mucho, pero la suerte de Miguel era conocida por todos, y esperan que enseñe las suyas.

- Buena mano tiene usted, pero creo que la mía le gana.

Y poco a poco, una a una, Miguel va levantando sus cartas. Un As, dos Ases, y tres Ases.

- ¡He ganado!

El público irrumpe en un estruendo de aplausos y vítores para descargar la tensión acumulada.

- ¡Bebida para todos! ¡La casa invita!

El hotel va quedando vacío. Los que habían presenciado la extraordinaria partida, bien provistos de bebida gratis, salen comentando los lances del juego, y sobre todo el envite en que el minero había perdido toda su fortuna. En una esquina, emboscadas en la noche, unas sombras agrían el gesto, ahora su víctima tiene que ser otro. Y ese hombre, del que dicen que tiene buena suerte, es un total desconocido para ellos. Los matones estarán atentos a los movimientos del nuevo rico.

Quedan a solas: Genaro, Manolita, Miguel y Rodrigo. Los clientes están en sus habitaciones, y el servicio nocturno en sus tareas. Respiran aliviados, todo había salido como habían acordado. Ahora queda la segunda parte del plan. Para ello tienen que trasladarse a la casa del minero, allí entregará las llaves de la casa y de la caja fuerte. Salen a la calle, hay alguno que está durmiendo la mona tendido sobre la acera. También están en la calle esperando para acompañarles, el resto de jugadores de la partida, ellos serán testigos de que el perdedor cumple con lo apostado. Llegan a la casa, que no está muy lejos del hotel. Como había dicho Rodrigo, delante de la puerta de la casa está el coche aparejado preparado para viajar.

Entran todos. Se encienden luces, los recién llegados tienen la impresión de que lo que ven allí dentro no es lo que se espera encontrar en la casa de un hombre tan rico. Pocos muebles, y pocas cosas de valor sobre ellos y colgadas en las paredes. Llegan hasta el despacho, allí la impresión cambia de forma radical, aquel sí era el despacho de un hombre rico. La gran mesa, los sillones tapizados de terciopelo, y la caja fuerte, que está detrás del sillón principal, sí sería más adecuada para un banco que para una casa particular. El minero saca de un cajón las escrituras que entrega a Miguel en presencia de los testigos.

- Aquí tienes la llave de esa caja, ahora es tuya igual que esta casa y otras escrituras. Yo me marchó, no quiero presenciar como se efectúa el cambio de propiedad. ¡Buenas noches!

Y el minero sale de la casa, y se escucha el rodar del coche alejándose de allí. Miguel, animado por Genaro, se dispone a abrir la caja. La llave rueda en la cerradura, y los goznes chirrían al abrirse la puerta. Ante ellos queda a la vista el contenido de la caja fuerte.

- ¿Qué es esto? ¡Aquí apenas hay nada! ¿Es esta la fortuna del minero?

Y Miguel extrae del interior de la caja dos montones de billetes. Era bastante dinero, pero no lo que cabe esperar de un millonario. Y allí dentro tampoco había documentos que indicasen una cuenta en algún banco.

.- ¿Esto es todo? ¿Y el oro de la supuesta mina? Creo que Don Rodrigo me ha tomado el pelo. Su riqueza no era tal.

.- Bueno, al menos no perdiste tu dinero. Además esta casa bien vale el riesgo que corriste en la partida.

Los testigos, en vista de lo encontrado allí dentro, salen de la casa comentando a la gente que se había congregado a la puerta que el minero no era rico como se creía. De la mina de oro nada de nada. Miguel se siente timado. Y esa noticia se repite por toda la ciudad. Dentro de la casa han quedado los tres amigos celebrando que el plan había salido a la perfección. El champaña está recién descorchado en el despacho, cuando hasta allí llegan voces de alarma.

.- ¡Don Genaro! ¡Don Genaro! ¡El hotel está en llamas! ¡Se está quemando todo!

Los tres amigos, al escuchar las aterradoras nuevas, salen a la calle y emprenden el camino del hotel a todo correr. Durante el trayecto se les va agregando gente alarmada por las voces y la presencia de los bomberos. Sobre el tejado de las casas se puede ver el resplandor del incendio, y su reflejo colorea los rostros con el color del miedo. Cuando los tres amigos llegan ante el hotel, solo pueden comprobar que todo se había perdido, el fuego se había cebado con la madera, y todo se estaba convirtiendo en cenizas.



.- ¿Cómo ha podido ocurrir algo así?

Las sombras, ocultas en una esquina, defraudadas sus expectativas de enriquecerse a costa del oro del minero, (habían escuchado la noticia de que el minero no era rico) deciden vengarse quemando el hotel de quienes eran tan amigos de su nueva víctima a quien no han podido despojar de algo que no existía. Igual que llegaron a la ciudad, las sombras desaparecen tragadas por la oscuridad de aquella trágica noche. Así se consuma su vil y cobarde venganza.

El alba sorprende a los tres amigos delante del montón de cenizas en que se ha convertido el bonito hotel de Manolita y Genaro. Están paralizados, sin capacidad de reacción. En una sola noche ha desaparecido una vida de esfuerzo y trabajo que comenzó Valentín, y que fue seguida por ellos dos. ¿Qué mal habrían hecho para merecer un castigo tan cruel? No pueden entenderlo. En ese momento, un coche se detiene a su lado y de él desciende una mujer. Es la dueña de un conocido hotel de la ciudad. La mujer, que conoce a la pareja de desafortunados, les saluda con un sentido abrazo.

.- Siento mucho lo que os ha ocurrido. He venido para ayudar en lo que pueda. Mi hotel está a vuestra disposición, y también de vuestros clientes.

.- ¡Gracias Margarita! Mis huéspedes ya están alojados en hoteles de aquí, del puerto. De momento no sabemos qué vamos a hacer. Esto acaba con nuestra vida. ¿Cómo vamos a volver a levantar esto?

.- De momento os venís conmigo a mi hotel hasta que esto se esclarezca y se detenga a los culpables del incendio. Además el seguro cubrirá los gastos de la reconstrucción.

.- No creo que sea buena idea alejarse ahora de aquí. Esto hay que gestionarlo.

.- Por eso no debéis preocuparos. El Comisario Jefe es cliente de mi hotel y él se va a hacer cargo, personalmente, de la investigación. Además, hasta que no acabe la investigación, no se puede hacer nada en este montón de cenizas. La policía y los bomberos tienen que hacer su trabajo, luego ya se verá. Y mi hotel es el lugar más seguro de la ciudad, y puede que vosotros estéis en peligro hasta que no se sepa quién hizo esta barbaridad. Allí montaremos el cuartel general.

.- Puede que tengas razón.

.- ¡Claro! ¡Venga! ¡Vamos! El coche nos llevará hasta el hotel. Allí os espera Don Rodrigo para despedirse de vosotros, si bien está hospedado con otro nombre. El hombre tiene miedo de unos matones que le persiguen.

El coche se aleja, y el hotel queda como el cadáver de un dinosaurio a quien acaban de abandonar.

Margarita es una mujer ya madura, aunque su aspecto no da la imagen de una mujer de sus años. Morena, criolla, su cabellera larga y rizada se mueve al viento como una bandera de guerra que moviliza a los hombres a su paso. Cuando Valentín, el padre de Genaro, enviudó, se comentó mucho que ambos andaban algo liados, cosa esta que no era cierta. Entonces Margarita regentaba un hotel en el puerto, cerca del de Valentín, eran buenos vecinos, y pasaba mucho tiempo con el niño Genaro, nada más. La prueba de esto es que, pasado no mucho tiempo, Margarita se casó con un hombre muy rico y pasó a ser propietaria del hotel más importante del centro de la ciudad. Ese hotel a donde ahora se dirige con los tres desahuciados por el fuego.

El hotel ha desaparecido, se ha realizado la limpieza y no queda ningún vestigio de lo que fue. Solamente, en algún hueco oculto en el suelo, queda el negro que dejó el fuego como una pequeña muestra de lo ocurrido. Los tres amigos pasean el suelo en un ilusorio deseo de encontrar algo que sujete el recuerdo de la vida que allí latió durante tantos años. Pero no queda nada. Ni siquiera, como suele ocurrir en las novelas, han podido vislumbrar el brillo de un botón, o una moneda medio oculta entre el polvo del suelo que denuncie la existencia de una vida perdida.

.- ¿Y ahora qué?

.- Creo que no podemos continuar viviendo en esta ciudad. Ha llegado la hora de buscar otro lugar que esté limpio de estos desgraciados presentes. Hemos de inventar, en otro lugar, una vida nueva. Aquí no queda nada por hacer.

.- Pero, ¿cómo? Manolita y yo estamos arruinados. Este hotel era nuestro único patrimonio.

.- ¡Nada de eso! Ahora yo soy rico, y como todo lo mío es vuestro, vosotros también lo sois.

.- Eso que dices...

.- ¡Nada! ¡Lo dicho, dicho está! Ya es hora de que nos instalemos en la nueva casa, y pensaremos qué hacer con nuestro futuro. Hasta que se solucione lo del seguro, tendremos tiempo para ello.

Manolita, no puede soportar la tensión de aquellos días y rompe a llorar.

.- ¡Vamos! Aquí, en medio de la calle, no hacemos nada.

Por el camino hay gente que les detiene para expresar su pesar por la desgracia ocurrida y ofrecer su ayuda. Y entre mensajes solidarios, y apretón de manos, llegan a la

casa del minero que ahora será el hogar de los tres amigos. Se detienen ante la fachada. La impresión que ofrece la casa es la de un edificio sólido y hermoso. Construida con piedra y bonito herraje, parece una fortaleza hecha para proteger el oro que la gente imaginó que había dentro. Los tres amigos están satisfechos por la seguridad que trasmite la casa.

.- Aquí estaremos bien. ¡Entremos!

Dentro les recibe la oscuridad y el frescor de una casa cerrada. Pronto la luz se enciende, y los postigos abiertos lo iluminan todo. Van recorriendo las estancias de la casa abriendo ventanas dejando entrar el aire. Al contrario que en la planta baja, arriba todo era muestra de calidad y buen gusto. Estaba claro que el minero era muy astuto, y también era cierto que tenía miedo, pues si debajo nada daba a entender que allí vivía un rico, arriba si lo era: muebles, cuadros, y la decoración en general denotaban el oro y buen gusto del minero. Si bien el supuesto oro viajaba con Rodrigo, ahora ya lejos de



allí, les había dejado suficiente dinero para no tener que preocuparse por su futuro económico. Aquella casa era el lugar donde podían vivir a gusto el tiempo que decidieran permanecer en la ciudad, antes de hacer el equipaje y buscar otro lugar donde anidar.

La primera noche en la nueva casa pasa sin contratiempos, y al Alba ya están los tres amigos

sentados en la mesa de la cocina desayunando y meditando, cada uno para sí, en cómo afrontar el futuro que les aguarda en una nueva vida que tendrán que construir.

.- Amigos, esta es la situación en que nos encontramos: todo lo que nos mantenía en esta ciudad, desgraciadamente lo hemos perdido. Por ello creo que ya nada nos queda por hacer aquí. Debemos, si os parece bien, hacer balance de cuanto nos ha dejado el acuerdo con Don Rodrigo. Con esto, y con lo que el seguro indemnice, habrá suficiente para no tener que preocuparnos por el aspecto económico, y tendremos tiempo para, con tranquilidad, decidir lo que hemos de hacer.

.- Debemos decidirlo cuanto antes. Cada minuto que pasa en esta ciudad, ahora una extraña para mí, siento que me ahoga.

Manolita muestra la desazón que siente por haber perdido su hogar.

.- Si os parece bien, vosotros dos os podéis adelantar y viajar hasta la ciudad más cercana. Allí me esperáis, y cuando yo lo deje todo arreglado aquí, me reuniré con vosotros.

.- Creo que será lo mejor. Iremos al notario y firmaré un poder a tu nombre para que dispongas del solar del hotel como creas conveniente. También para que convengas con el seguro la indemnización correspondiente.

.- Bueno, pues vamos a ver qué tenemos aquí.

Los tres amigos se dirigen al despacho que fue de Don Rodrigo el minero. Una vez allí, abren la caja fuerte, sacan el sobre que contiene la escritura de la casa, y los billetes. Ver todo aquello encima de la mesa, y saber que es de ellos, les alegra y alivia el mal sabor de boca con que se habían levantado.

.- No está nada mal. Veamos qué hay dentro del sobre.

Al vaciar el sobre, en el tablero de la mesa cae la escritura, un sobre más pequeño, y una llave. La escritura corresponde a la casa que ahora ocupan ellos. Una hermosa propiedad.

- ¿Qué sorpresa nos guardará este sobre?

Abre el sobre y saca de su interior un papel. Era una carta de puño y letra de Don Rodrigo.

- *“Amigo Miguel: Si lees estas líneas quiere decir que nuestro plan habrá tenido éxito y tú habrás tomado posesión de esta casa, y yo ya estaré lejos y a salvo. Nunca podré agradecerte suficiente el favor que me has hecho aceptando mi propuesta, puedo decir que te debo la vida, por eso todo cuanto pueda hacer por ti será poco para saldar esta deuda que tengo contigo. Sé que lo encontrado dentro de la caja fue te habrá decepcionando tanto como a los testigos que esperaban encontrar allí dentro un montón de oro, pero eso era lo acordado. No te preocupes, todavía tengo una agradable sorpresa que darte. La llave que encontrarás junto a esta carta, te servirá para abrir un doble fondo en la caja. Ahí encontrarás parte del oro que con tanto peligro, logré arrancar de la tierra en muchos años de duro trabajo y calamidades. Espero que te sirva para, junto a tus amigos, comenzar una nueva vida.*

Recibe un fuerte abrazo de tu siempre deudor Rodrigo.”

Miguel recoge la llave y se dirige a la caja fuerte. Retira la lámina que hay en el fondo, y queda al descubierto la tapa del doble fondo. Tras varios intentos consigue meter la llave, rueda, y levanta la tapa. Allí hay depositados varios saquitos de los que los mineros solían almacenar el oro. Con mano temblorosa los saca y los deposita sobre la mesa. Un total de seis saquitos. Tras esa maniobra, en el despacho se hace un silencio. Los tres amigos se miran, ninguno se atreve a tocar los saquitos. De ser verdad lo dicho por Rodrigo en su carta, allí puede haber una verdadera fortuna.

- Vamos Manolita, abre tú el primero.

La muchacha, sin disimular el nerviosismo que le produce la invitación, coge uno de los saquitos, le retira el hilo que lo cierra, y lo vacía sobre la mesa. El redoble que producen las pepitas de oro sobre la madera, resuena en el cerebro de los tres y les produce un escalofrío en la espalda. Luego uno tras otro vacían los saquitos formando una montaña que parecen brasas de una hoguera. Los destellos que les arranca la luz de la lámpara les ciega de emoción.

- ¡Uffff! Esto es demasiado.

- Esto es una fortuna.

- Don Rodrigo es un hombre de palabra.

Los tres amigos no salen de su asombro por lo descubierto en el doble fondo de la caja. Aquello cambia los planes que pensaban hacer. Lo mejor es que hoy mismo abandonen la ciudad. No es conveniente permanecer allí con semejante riqueza. Alguien podía estar en el secreto y ellos correrían un serio peligro. El mismo peligro que hizo que el viejo minero se desprendiera de todo aquello y huyera a un lugar desconocido.

- Genaro, ahora mismo sales para el hotel de Margarita, le dices que se ocupe del solar y de lo del seguro, que ya te pondrás en contacto con ella en cuanto estemos en lugar seguro. Yo iré a comprar una carreta y buenos caballos. Esta noche tenemos que abandonar la ciudad. Manolita, tú procura recoger todo cuanto nos pueda servir para el viaje. Pero tenemos que ser discretos, nadie debe advertir en nuestro comportamiento que estamos preparando un viaje. ¡Vamos!

Y así queda decidido el primer paso hacia esa nueva vida.

La noche ha cubierto la ciudad de oscuridad y silencios, solo la disonancia de los grillos perturban la paz de esa noche veraniega. Los vecinos están en la sobremesa

de la cena, cuando una carreta, en un rodar silencioso, avanza en busca del camino que le aleje de la ciudad. Miguel, embozado sobre un amplio sombrero, lleva las riendas mientras que Genaro y Manolita dentro del vehículo esperan la distancia que les aleje del peligro que representa poseer tal fortuna. Los borrachos que seestean en el porche de alguna taberna, o quienes pasean buscando el fresco de la noche, nada pueden extrañar en una más de las carretas que entran y salen de la ciudad. Todo está tranquilo.

El sol, llegando el nuevo día, retrata nubes de polvo alrededor de la carreta. Han viajado sin descanso durante la noche y están cansados. También las caballerías necesitan descanso. Sobre el horizonte, a un lado del camino, destaca la construcción de una venta. Aquel puede ser un lugar seguro para descansar, ya han puesto mucha tierra por medio entre la ciudad, el peligro, y ellos. Allí se detendrán. ¡Soooo! La carreta para su rodar.

Dentro, piden comida para ellos y cuidado para los caballos. El ventero les señala una mesa y ofrece lo que en aquella casa hay para comer. Un mozo desengancha los caballos y los lleva a las cuadras. El cansancio acumulado durante la marcha se refleja en el rostro de los tres amigos, y piden un lugar para asearse antes de sentarse a la mesa. El ventero les acompaña a unas habitaciones donde se les preparará un baño. Luego habrá tiempo para comer.



Ya a la mesa están dando buena cuenta de la comida. En esos lugares, donde los corrales están bien proveídos de animales de pelo y pluma, la comida suele ser de buen sabor y mucho alimento, y allí lo era. La mesa vecina está ocupada por dos hombres que deben haber llegado mientras ellos estaba tomando el merecido descanso. De pronto llega hasta ellos su conversación y les pone en guardia.

- ... y en la zona del puerto se armó una buena. Esa noche se organizó una partida de las que llaman fuertes. Había buenos jugadores y mucho dinero sobre el mantel. Al parecer, uno de los jugadores, (según dijeron era un viejo minero jubilado después de dar con una buena veta) en un momento de la partida en que se quedaron solos el minero y un joven jugador que vivía en el hotel, cuando de pronto el joven adelantó hacia el centro de la mesa todo su resto, un buen montón de billetes, el minero parece que se lo estuvo pensando un rato, y al final, para poder igualar el resto de su contrincante, apostó su casa y toda su fortuna. En el local se heló la sangre de los mirones. Allí había mucho en juego, y uno de los dos apostantes quedaría en la ruina. El minero, más nervioso, descubre su jugada. ¿Adivina qué tenía el minero? ¡Tres reyes! Una buena mano, pero el joven dicen que tranquilamente también levantó sus cartas. ¿Qué podía tener? ¡Tres ases! ¡Y ganó!

El compañero del narrador estaba enganchado en aquella historia.

- ¿Y cómo acabó la cosa?

- ¡Mal! ¡Muy mal! Al parecer, el minero, incapaz de aceptar su derrota, amparado en la noche, le prendió fuego al hotel donde se había desarrollado la partida.

- ¿Qué dices?

- Pues eso. Y ahora la autoridad anda detrás del minero que al parecer se lo habrá tragado la tierra.

- ¿Y el joven afortunado?

- Según dijeron no fue tan afortunado como se creía.

- ¿Cómo es eso?

.- Lo de la mina de oro no era cierto. El minero presumía de ello, pero a parte de la casa, y algunos billetes, no había nada más.

Los tres amigos no quieren escuchar más. Pagan la cuenta, mandan enganchar los caballos, y vuelven a la carretera.

El rodar por carreteras, siempre con rumbo norte, dura una semana hasta que llegan a una ciudad con puerto de mar, y deciden que aquel puede ser un buen lugar para detenerse durante algún tiempo hasta decidir dónde montan su nuevo hogar. Buscan el barrio portuario donde, debido a su composición, es fácil pasar inadvertidos, cosa esta que a ellos les conviene. Ponen a buen recaudo la carreta y los caballos, y ellos toman habitaciones en un hotel.

Aquella mañana el desayuno es algo extraño. Parece que ninguno de los tres tiene ganas de hablar. Sus pensamientos parecen vagar por mundos muy lejanos. Puede que sean tristes por lo dejado atrás perdido de tan mala manera.

.- Creo que debemos recorrer la ciudad antes de tomar la decisión de quedarnos aquí, o buscamos otro lugar, aunque si lo que hacemos es huir, todos nos van a parecer igual.

.- Podemos buscar un hotel por arrendar. Ese ha sido nuestra profesión, lo único que sabemos hacer, y creo que nos haría bien volver a esa ocupación.

.- ¿Tú que opinas Manolita?

Pero Manolita está como ausente, parece que esa preocupación de sus compañeros no le preocupa.

.- ¡Manolita! ¡Que estamos aquí!

.- ¡Ah! ¡Sí! Lo que vosotros digáis.

Genaro queda preocupado por la actitud de Manolita. Esa no era su forma de proceder, siempre se implicaba en los planes que hacían. No obstante, deciden salir a la calle a ver la ciudad. Las calles principales se ven muy concurridas por gente y vehículos, aquella era una ciudad próspera. Los escaparates bien iluminados ofrecen lo último en la moda de ropa, muebles de lujo, joyerías, y todo cuanto pudieran demandar los habitantes de aquella parte de la ciudad. Allí había riqueza. No estaría mal regentar un hotel en un lugar tan selecto.

.- ¡Que raro! Un hotel cerrado en una calle como esta. Vayamos a informarnos.

.- El edificio parece en muy buen estado de conservación. Tiene las puertas y ventanas cerradas. Desde luego, este hotel está cerrado.

Al lado hay un restaurante., y a él se dirigen a preguntar. Entran y toman asiento en una mesa en el bar. Un camarero se acerca.

.- Oiga joven, ¿qué ocurre con el hotel de aquí al lado que está cerrado?

.- Ese hotel lleva apenas unos pocos meses cerrado, señor. El dueño murió, y al parecer nadie se hace cargo de él. Una lástima, es un local extraordinario.

El camarero se aleja a buscar el pedido.

.- ¿Qué os parece? Por informarse nada se pierde. A mí me hace ilusión.

.- ¡Pues nada! Mañana comenzamos las gestiones. Este lugar puede ser tan bueno como otro para volver a empezar.

Ya están de vuelta en sus habitaciones. Genaro no ha dejado de preocuparse por la actitud de Manolita durante todo el día. Debe hacer un esfuerzo por sacarla de aquel inquietante estado.

.- ¿Qué ocurre Manolita?

.- No sé a qué te refieres.

.- No has hablado en todo el día, y eso no es normal en ti. Hay algo que te preocupa y yo no sé qué es. ¿No te encuentras bien?

Manolita calla, pero en su mirada hay tristeza. Las sombras parecen haber cubierto la natural alegría de la muchacha. Algo sí le ocurre.

.- Yo también estoy triste por haber perdido lo que era nuestro hogar y medio de vida, pero eso ya no tiene remedio y debemos hacer frente a lo que la vida nos depare de aquí en adelante. Al lado de nuestro amigo Miguel todo nos irá bien. Vamos, alegra esa cara. El estar triste no nos ayudará a pasar este mal trago.

Y Genaro abraza a Manolita intentando infundirle un optimismo que él también estaba lejos de sentir.

.- Quiero volver a mi país. Quiero que todos volvamos.

.- ¿Quieres volver a cruzar el mar? Pensé que eso no lo propondrías nunca. Yo no tengo ningún inconveniente en hacerlo. Veremos qué dice Miguel.

La desgracia ocurrida con su hotel debe haber afectado gravemente a Manolita para que quiera volver a cruzar el mar en una singladura donde encontró la muerte su padre en circunstancias tan trágicas. Tal vez había llegado el momento de hacer el definitivo equipaje en aquellas tierras que habían sido las suyas durante bastantes años. Genaro había nacido allí pero, si Manolita quería abandonar el Continente, él no iba a ser un obstáculo. Su vida siempre estaría al lado de la muchacha allá donde ella quisiera vivirla.



Esa mañana el desayuno se enfría y ninguno de los tres tiene intención de atender a su consumo. La petición de Manolita está sobre la mesa y a ella prestan toda su atención los tres ocupantes de la misma. Aquello suponía un cambio radical en sus vidas que hasta ese momento ninguno lo había colocado en la preocupación de su día a día, pero ahora están obligados a pronunciarse. ¿Deben abandonar aquellas tierras y navegar en busca de otras, que un día fueron su patria pero de la cual hacía mucho tiempo que se habían olvidado? Esa es la pregunta que necesita una respuesta, rápida y precisa.

.- Creo que no debemos precipitarnos en una decisión tan importante. Yo nunca he considerado esa posibilidad, pero ahora que Manolita ha expresado ese deseo, puede que a mí también me parezca una buena opción a nuestra inestable situación. Pero como he dicho, es algo que debemos pensar bien, pues la opción de hacernos con la propiedad de ese hotel abandonado, también puede ser una buena solución. Genaro, ¿tú qué opinas?

Genaro está mirando a lo lejos, allí donde las olas del mar componen una sinfonía relajante, algo que él ahora necesita para calmar la tormenta que su corazón escucha. Allí están los restos, y los recuerdos de su madre y de su padre, su niñez, sus años de felicidad junto a Manolita; toda una vida. Si ahora toma un barco y boga rumbo

a la lejanía y olvido de todo aquello, va a ser muy doloroso para él. Pero si eso es lo que quiere Manolita,...

- Yo estoy en desventaja. Para vosotros tomar ese barco y cruzar el mar supone recuperar algo que creíais perdido, pero para mi supone ir dejando atrás las raíces de toda una vida. Tenéis que entender que es algo muy penoso y difícil de decidir.

- Tienes razón, pero para mí tampoco será fácil. Yo voy a volver a una tierra de la que me extrañé desprendiéndome de mi verdadera personalidad convirtiéndome en alguien sin partida de nacimiento. Por lo tanto sin raíces, sin familia, y sin patria. Si decidimos volver, para mi supone el viaje de vuelta, y no sé a qué tierras vuelvo. Pero, en cualquier caso, lo que debe importar es el deseo de Manolita. Si ella sigue en esa determinación, poco margen nos queda a nosotros en esta decisión. No obstante, debemos pensarlo bien.

- Yo quiero volver a mi país. Aquí me estoy ahogando.

- ¡No se hable más! Ahora toca preparar el viaje.

- Pero lo de volver a regentar un hotel no debemos olvidarnos, también allí donde lleguemos habrá algún hotel cerrado esperando que alguien lo abra.

- Y me parece bien. También yo siento nostalgia del campo y del cuidado de mis animales. Ese será mi destino.

El llanto de Manolita sella el acuerdo. Unos días después, la rubrica la pondrá el penacho de la chimenea del barco que saldrá del puerto rumbo a mar abierto.

* * *

Miguel, una tarde más, está sentado a la puerta de su casa sobre la silla baja a la que él mismo le puso la cordeta para formar el asiento. Algo perturba su visión cuando admira la hermosa puesta de sol. Lo cierto es que desde que quedó solo en el monte, el Alba y el Ocaso ya no son lo que eran. Y es que él tampoco es el mismo, parece que otra vez, después de tantos años, está en peligro de tener que cambiar de nombre. No es así, lo que está cambiando es algo en su interior, la soledad en que le ha dejado Carlitos le está pesando mucho más de lo que puede soportar.

Hace ya algunos años que el chico bajo del monte y no ha vuelto a subir. Puede que ha llegado el momento para que él haga ese mismo viaje. Tal vez ha llegado la hora de liar el petate y marchar a hacerle una visita a Genaro y Manolita, hace tiempo que no tiene noticias de ellos ni de Carlitos, y eso empieza a preocuparle. Teme que algo no vaya como debiera, el chico era muy joven y no es extraño que haya hecho alguna barrabasada. Además, allí hay mucho trabajo para hacer, y pocas las ganas que va teniendo para hacerlo.

- ¡Decidido! Mañana cojo el tren rumbo a la ciudad.

Continúa
2.- Valentín